

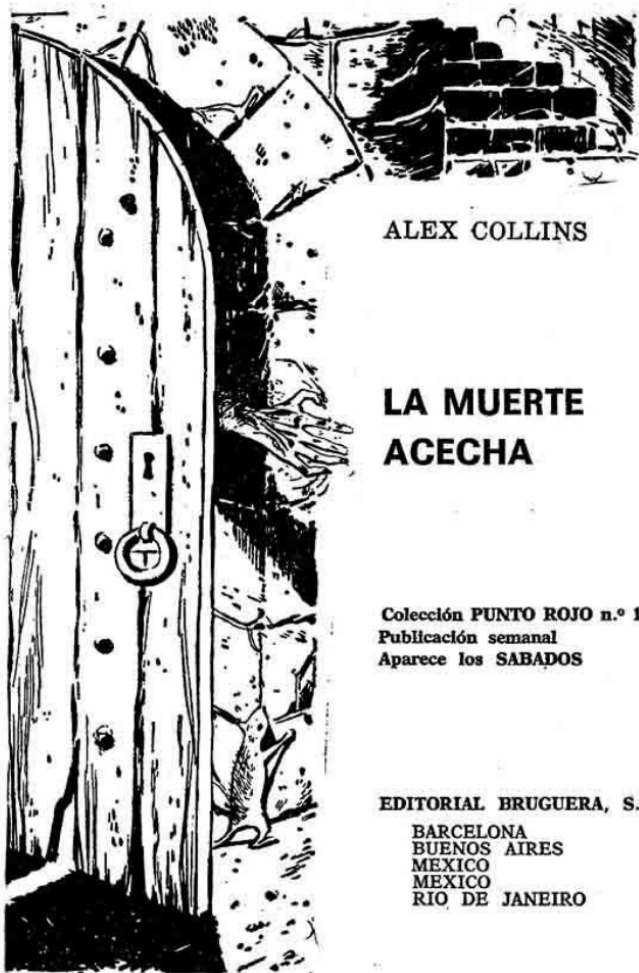
PUNTO
ROJO

la muerte acecha

alex colins



LA MUERTE ACECHA



ALEX COLLINS

LA MUERTE ACECHA

Colección PUNTO ROJO n.º 190

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
MEXICO
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 27506 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición - diciembre 1965

© ALEX COLLINS 1965

sobre el texto literario

© JORGE NUÑEZ - 1965

sobre la cubierta

© COSTA - 1965

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 7.330/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

PRÓLOGO

Morris Blenz maniobró hábilmente el volante, sacando el moderno «Ford» por la puerta del pequeño taller de reparaciones. Morris acababa de cumplir los veinte años. Cuatro años más joven que Lewis Allyson, que le acompañaba en el coche, su mejor amigo y secretario particular de su tío Harold Blenz.

No advirtieron la extraña expresión de Tample, el dueño del garaje. Una expresión de angustia, de miedo, de satisfacción al mismo tiempo.

Blenz condujo el coche a buena marcha por la carretera que, partiendo de Reno, Nevada, conducía rectamente al Pyramid Lake. Sin embargo, no fueron muy lejos. Apenas habían recorrido un par de millas cuando el motor empezó a fallar. Falsas explosiones que quebraban el rítmico movimiento de las bielas, produciendo un ruido parecido a la seca tos de un asmático.

Morris orilló el coche y se apearon para examinar el motor.

No tardaron en encontrar la avería: una bujía fundida.

Morris volvió al interior del coche y abrió la caja del salpicadero. Durante largo rato permaneció inmóvil, observando el interior de la caja.

—Es raro —pronunció como si hablara consigo mismo—. Siempre llevo una bujía de repuesto. Ahora no está.

—La habrás colocado en otra ocasión y olvidaste reponerla —apuntó Lewis.

—No. Estoy seguro de eso. En fin, tendremos que esperar a que pase un coche o regresar andando a Reno.

—No sueñes con que pase un coche, Morris. Pyramid Lake atrae a poca gente. Iré yo. Tample me dará otra bujía.

Emprendió el camino de regreso a buen paso y alcanzó el garaje de Tample media hora después.

El dueño del taller de reparaciones se sobresaltó ligeramente al

verle. Luego se acercó a él con un gesto nervioso.

—¿Qué ocurrió, míster Allyson?

—Parece que se fundió una bujía. ¿No se aseguró antes?

—No. Me limité a dejar a punto la dirección, como míster Blenz me indicó.

Lewis guardó la bujía que Tample le facilitaba y tomó un taxi para volver al lugar donde había quedado atascado el «Ford» con su compañero.

Apenas habían rodado media milla fuera de la ciudad cuando fueron adelantados por un coche policíaco, que hacía sonar su estridente sirena.

Luego, la incertidumbre se cebó en el joven al darse cuenta de que el coche patrullero hallábase detenido junto al de Morris Blenz y dos detectives examinaban algo tendido en la cuneta, junto a los setos que la delimitaban en algunos tramos. Otros dos policías de uniforme permanecían cerca de los dos hombres.

Allyson hizo una indicación al taxista, que frenó inmediatamente detrás del «Ford». El joven se apeó. Y reparó entonces en el anciano que permanecía inmóvil al otro lado de los setos, mirando con expresión de recóndito espanto.

—Yo iba en este coche —dijo Lewis, dirigiéndose a los policías—. Se fundió una bujía y volví al taller de reparaciones en busca de otra nueva.

Un sargento detective lo tomó por un brazo y lo empujó hacia adelante.

Lewis pudo ver entonces el cuerpo tendido en el fondo de la cuneta. Un cuerpo de miembros retorcidos, desarticulados, bañado en su propia sangre, que manaba por las terribles cuchilladas de su pecho, del que sobresalía el mango dorado de un cortaplumas. La muerte había estereotipado un gesto de horror en las yertas facciones de Morris Blenz.

Durante largos minutos, el joven luchó por vencer su estupor, aquella extraña parálisis que habíase apoderado de sus músculos, sin poder apartar su mirada del cadáver del amigo.

—¿Conoce a este hombre? —preguntó el sargento.

—Sí —pudo articular al fin—. Es Morris Blenz. Íbamos los dos en el coche.

—Eso ya lo dijo antes. ¿A dónde se dirigían?

—A Pyramid Lake.

El sargento se volvió hacia el viejo, que continuaba al otro lado de los setos.

—¿Es éste el hombre que usted vio desde su casa?

—No estoy muy seguro —balbució el hombre.

Se elevaron los electrizantes aullidos de la sirena de una ambulancia, que había sido requerida por los policías.

—Está bien —agregó el sargento—. Lo citaremos para tomarle declaración. Y usted —dijo a Allyson—, venga con nosotros.

Lewis entró en el coche patrullero con movimientos de autómata. En realidad, se hallaba aún demasiado afectado para darse cuenta exacta de lo que estaba haciendo.

Fue conducido a la comisaría, donde se le sometió a un interrogatorio. Seguidamente pasó a ocupar uno de los calabozos al reconocer que el cortaplumas que había acabado con la vida de Morris era el que usaba él habitualmente en su despacho, en el domicilio de míster Harold Blenz.

Y aquella noche su estupor creció hasta límites insospechados cuando fue llamado de nuevo por el sargento, que le comunicó la noticia de que Harold Blenz había sido hallado en su lecho, muerto por envenenamiento. Algo en lo que todas las sospechas estaban contra él. Porque aquella tarde, como todas desde largos meses atrás, él había preparado para el millonario su tableta de «Pen-barbital», antes de salir en compañía de Morris. El mayordomo tenía su día libre y no había regresado todavía. El crimen había sido descubierto por el propio sargento de la policía al personarse en el domicilio del millonario para comprobar el caso del cortaplumas. La procedencia del arma que había sido utilizada para asesinar a Morris. Y esas sospechas se acrecentaron al saberse que Lewis Allyson heredaba de Harold Blenz, por su lealtad en el servicio, una manda de doscientos mil dólares y el detalle de que Lewis había hipotecado su casa para poder salir adelante.

CAPÍTULO PRIMERO

Alfie Dawn se arregló de un modo instintivo el nudo de su corbata al oír el zumbido del timbre de su despacho. La Agencia Dawn de Investigaciones Privadas tenía cierta fama en la ciudad de Reno y otras partes del estado de Nevada. Claro que era la suya una fama objeto de controversias. Buena, por parte de los clientes que habían solicitado alguna vez sus servicios. Y mala, rotundamente, según la opinión de la policía. Dawn había desempeñado muchas profesiones a lo largo de sus treinta años y contaba con un gran número de amistades en las distintas esferas de la sociedad de Reno. Por eso carecía de empleados, de detectives a sus órdenes. Sus principales colaboradores eran sus propios amigos. Ellos se limitaban a contestar a sus preguntas y él llevaba el peso del trabajo. Y los más eficaces, hasta ahora, habían resultado ser sus buenos camaradas del hampa. Eso le había permitido «pisarle» un par de casos al teniente Hilton. De ahí que el oficial de la policía de Reno le tuviese una inquina fenomenal.

La secretaria, alta, bonita, de falda y blusa que se ajustaban a su cuerpo como un guante, entreabrió la puerta.

—La señorita Gracie Allyson desea verle.

Alfie sintió el efecto de haber recibido un mazazo en la cabeza, mientras se preguntaba qué diablos pretendía obtener de él Gracie Allyson.

—Dígale que pase.

Entró Gracie. Una verdadera belleza de la cabeza a los pies. Cinco años mayor que cuando él la conoció, pero tan hermosa como siempre. Quizá más ahora que la experiencia había serenado la expresión de su rostro, de corte casi perfecto.

Alfie le indicó un sillón para que se sentase, mascullando una interjección al recordar que aquella mujer, cinco años atrás, había constituido el gran sueño de su vida. Y también, y eso era lo que

más le dolía, que cuando se lo confesó, soslayando hábilmente la presencia de los hombres que la asediaban, había recibido unas calabazas monumentales. Le dolía aquello, sí. Quizá porque era la única mujer que le había hecho pensar en el matrimonio como algo deseable.

—Tu visita es una grata sorpresa para mí, Gracie —sonrió un tanto forzosamente—. ¿A qué debo el honor de tu visita?

—¿No lo imaginas? —respondió ella con amarga sonrisa.

—Bueno. Soy detective, no adivino.

Gracie advirtió su displicencia, pero no hizo la menor alusión respecto a ello.

—Cierto, Alfie. Eres un detective y yo quiero contratar tus servicios.

—¿Cuál es tu problema? —preguntó con ironía—. ¿Sospechas que tu prometido sale con otras chicas por las noches o...?

—Sin sarcasmos, Alfie —le interrumpió ella, extrañamente seria—. He dicho que quiero contratar los servicios de tu agencia. Estoy dispuesta a pagar lo que sea.

—De acuerdo. Discúlpame, Gracie. ¿Cuál es tu problema?

Ella dejó transcurrir un breve intervalo antes de decir:

—Te supongo enterado de lo ocurrido a mi hermano, Lewis.

—Desde luego. Pero creo que equivocas el camino, Gracie. Es un abogado lo que necesitas, no un detective. El asunto sólo puede solucionarse mediante la autoridad judicial. El teniente Hilton llevó el caso. No puedo decir de él que sea un policía muy eficiente, pero la solución no ofrecía lugar a dudas.

—Eres tú quien te equivocas, Alfie —replicó la joven—. Como se equivocaron los detectives y los miembros del jurado que emitieron el veredicto de culpabilidad. Lewis es inocente. He hablado con él en la cárcel repetidas veces. No es que me resista a creer en su culpabilidad por los lazos de sangre que nos unen. Es que sé que es inocente —subrayó—. No puedo engañarme, porque he aprendido a leer en lo más profundo de su ser. Su ejecución, si se lleva a cabo, será una injusticia. No importa que el Gobernador le conmute la pena por la de reclusión perpetua. Continúa existiendo la injusticia. Sé que existe una larga cadena de hechos, cuyos eslabones parecen encajar perfectamente entre sí. Yo te aseguro que se trata de una siniestra cadena, forjada por un cerebro diabólico. Te supongo

enterado de todo a través de la Prensa. Lewis preparó el café para Harold Blenz y su tableta de «Pen-barbital» para dormir. Morris y él tomaron del mismo café. Sin embargo, sólo en la taza de Harold quedaron residuos del arsénico, que fueron encontrados también en el estómago de Blenz al practicarle la autopsia. Todo da la sensación de que sólo Lewis pudo suministrarle el veneno. Pero Lewis sentía una especial adoración por Harold Blenz y su sobrino Morris.

—Esto no significa nada, Gracie —replicó el detective, que no podía olvidar aquellas «calabazas» de la mujer—. Los sentimientos y las ideas están ocultos en nosotros. Nadie puede verlas, hasta que los exteriorizamos. Lewis se declaró inocente en todo momento. Es una actitud defensiva que adopta el noventa por ciento de los criminales. Sin embargo, son los hechos los que cuentan. Lewis y Morris abandonaron la vivienda cuando Harold Blenz empezaba a agonizar. La policía opina que fue él mismo quien puso la bujía fundida en el motor del «Ford». Un anciano lo vio desde su casa, cercana a la carretera, sacar del coche el cadáver de Morris. El viejo creyó entonces que arrastraba una rueda de recambio o un objeto cualquiera, porque los setos no le permitían distinguir el cadáver. Luego, al verlo alejarse andando hacia Reno, se acercó al coche, picado por la curiosidad. Descubrió así el crimen y avisó a la policía. Ésta descubrió, mediante esa declaración, que Lewis fue al garaje después de cometido el crimen, para preparar así su coartada, creyendo que nadie le había visto. Pero hay dos testigos, Gracie, de vital trascendencia. El viejo, que lo reconoció al fin sin la menor sombra de duda, y el dueño del garaje, que atestiguó haber visto a Lewis enredar en el motor del «Ford», mientras Morris efectuaba unas pequeñas compras en un comercio cercano. Son datos comprobados. Algo que demuestra su culpabilidad, porque no sirven de nada sus coartadas de permanecer ausente en apariencia de los escenarios de sus crímenes. El solo pudo suministrar el veneno a Harold y él asesinó a Morris. Doscientos mil dólares es una cantidad como para tentar a cualquiera y más aún cuando uno está en apuros económicos.

Gracie denegó enérgicamente con la cabeza.

—Estás obcecado, Alfie —afirmó—. Pensé que eras un buen detective y no una especie de mono de imitación. Te falta, al menos

en esta ocasión, el instinto policíaco.

Lo de «mono de imitación» le llegó al alma a Alfie.

—¿Estás segura de que soy yo el obcecado, que me limito a tomar como buenas las investigaciones de la policía?

—Completamente segura. No es mi intención ofenderte, pero en este asunto no ves más allá de tus narices. Lo mismo que Hilton y los otros. ¿Crees de veras que si Lewis hubiese pensado cometer esos crímenes habría procedido de una manera tan absurda, dejando huellas suyas por todas partes? La taza con residuos de arsénico, cuando todo el mundo sabía, y él mismo lo declaró, que era la que había servido al millonario; el cortaplumas en el pecho de Morris, su presencia en el garaje, que podía haber evitado para que Tample no lo viese... Vamos, Alfie. Aunque seas un detective privado, hay que tener más «olfato» que todo eso. Estoy segura de que Lewis es el que menos sabe de este asunto.

Alfie prefirió dejar a un lado la alusión de Gracie respecto al «olfato», para meditar en sus palabras.

Así llegó a una conclusión; algo en lo que jamás se habría parado a pensar de no haber sido suscitado por la joven. Que Lewis Allyson podía ser inocente de los crímenes que se le imputan, a no ser que se tratase de un pobre remedo de Jack, el Destripador.

—Comprendo que es un caso difícil —dijo ella—. La policía acusó y el jurado emitió su veredicto. Pero no es imposible demostrar el tremendo error de la policía en este asunto. Para ellos debe ser una gran satisfacción solucionar un doble asesinato, aunque sea a costa de una víctima inocente. Pero la verdad es que el teniente Hilton no intentó calar hondo en este asunto. Se dio por satisfecho teniendo una cabeza de turco en quien poder descargar los golpes. Mientras, el forjador de esta siniestra cadena, el poseedor del diabólico cerebro, debe estar riéndose a mandíbula batiente de nuestra eficiente policía. Es así el crimen perfecto, ¿no, Alfie?

Alfie la escuchó, enarcando sus pobladas cejas. Gracie hablaba con énfasis, incluso con sarcasmo, pero era evidente su sinceridad y sus deseos de echarse a llorar.

—Comprende, Alfie —prosiguió—. El abogado ha terminado su trabajo. He esperado el resultado de él hasta ahora. Tiene confianza en que le será conmutada la pena. Pero aunque así sea... Lewis ha

entrado en plena juventud y se convertirá pronto en un viejo decrepito. Quizá sea ése un sufrimiento mayor que esperar la ejecución durante un tiempo limitado en la celda de los condenados a muerte. Se convertirá en una especie de viejo amargado, lleno de resabios. Es lo que puede esperarse de un hombre que vive entre rejas por un crimen que no ha cometido.

Se levantó con torpes movimientos, haciendo ademán de encaminarse a la salida. Pero el detective la contuvo con un gesto.

—Espera un poco, Gracie —dijo—. Acepto el caso. Hablaré con el teniente Hilton. Intentaré hablar, mejor dicho. Es posible que pueda arrancarle algo más que rugidos, aunque lo pongo en duda.

Se animó el rostro de la mujer.

—Gracias, Alfie. Sabía que intentarías ayudarme. ¿A cuánto ascienden tus honorarios? —preguntó, accionando el cierre de su cartera de piel.

—No te preocupes por eso. Te pasaré la factura al terminar el trabajo. Es norma de la casa. Una prueba de nuestra eficiencia en las tareas que se nos encomiendan.

—Me gustaría acompañarte hasta el despacho del teniente —dijo ella—. Por supuesto, si eso no te molesta.

—Puede ser una buena idea —aceptó él—. La presencia de una mujer bonita no amansa a un león, pero puede surtir efecto en un gorila que ostenta un cargo de responsabilidad.

Gracie se abrazó a él impulsivamente. Y Alfie le acarició los brazos, sintiendo que todo su rencor se diluía al contacto del cuerpo femenino contra el suyo.

Se apartó con brusquedad de ella, haciendo un esfuerzo para no estrecharla entre sus brazos. Pensando en aquellas «calabazas» que ella le había endosado en otro tiempo, para poder dominarse.

—Vamos, Gracie —suspiró—. El teniente Hilton debe encontrarse en su despacho.

CAPÍTULO II

El teniente Hilton, en efecto, estaba en su despacho. Y los acogió tal y como Alfie había vaticinado. Torció el gesto al ver al detective, para ceder un tanto en su actitud irritada al serle la joven presentada.

Alfie aprovechó la coyuntura para exponerle sus deseos. Pero al acabar, el teniente parecía haber olvidado la presencia de Gracie.

—Escuche bien, polizonte por cuenta propia —masculló en respuesta—. Conozco bien mi oficio y sé que no existe error en este caso.

—Nunca se acaba de conocer un oficio, teniente —replicó Alfie con parsimonia—. Siempre hay algo nuevo que cae lejos de nuestro conocimiento, que nos desorienta.

—Pero hay una experiencia —machacó Hilton moviendo su leonina cabeza y su voluminoso cuerpo—. Supongo que usted también tiene algo de experiencia de su oficio, Alfie. Quiero suponerlo al menos.

—Supone bien, teniente.

—Entonces se habrá dado cuenta de que todo eso que está diciendo tiene mucho de fantasía. Un deseo de complicarse la vida y querer complicársela a los demás. Repito que el caso no ofrece lugar a dudas. Y yo estoy muy ocupado ahora.

Alfie aguante impertérrito el aluvión.

—Escuche, teniente —musitó.

Pero Hilton le atajó con un gesto imperioso.

—Es inútil —bramó—. Le he dicho que estoy muy ocupado para perder mi tiempo en esas fantasías. Hay que rendirse a la evidencia.

—Vamos, teniente —insistió Alfie—... Repóngase. Tiene razón en eso. Hay que rendirse a la evidencia.

Y la evidencia es que estamos en un despacho y no en plena selva virgen.

El puño de Hilton se estrelló en el tablero de la mesa, haciéndola retemblar. Comprendía la alusión de Alfie sobre la selva virgen. Porque alguien le había confesado que el detective privado opinaba de él que era un auténtico gorila.

—No vuelva a hacer eso, Hilton —sonrió el detective—, o acabará siendo víctima de un ataque de apoplejía. Déjeme, al menos, estudiar la ficha del caso en el archivo.

—¡No y no! —estalló el teniente—. Lárguese lejos de aquí, Alfie Dawn. Es usted un marrullero indeseable. Ese caso lo llevó el sargento Lyes. Él lo solucionó pronto y a entera satisfacción de todo el mundo. Hable con él si quiere, en atención a la señorita Allyson, pero déjeme a mí en paz. No quiero volver a verlo.

Y escuche esta advertencia: No trate de pasarse de listo. Si se sale de la raya, procederé contra usted con todas mis fuerzas.

—Gracias por el aviso, teniente. Pondré sumo cuidado en que no se entere usted cuando me haya pasado de la raya. ¿Dónde podemos encontrar al sargento Lyes?

Hilton se lo indicó con un gesto de impaciencia. El sargento se hallaba en los ficheros, comprobando detalles. Recibió al detective con más amabilidad que el teniente, pero con tanta reserva como su superior jerárquico.

—Lo siento —dijo—. No puedo hacer nada. Los periódicos contaron todo cuando se llevó a cabo para la solución del caso. Consúltelos o hable con el teniente Hilton. Es todo cuanto tengo que decirle.

Alfie tomó del brazo a la joven, conduciéndola a la salida. Luego condujo el coche lentamente hacia River Forest, uno de los suburbios más elegantes de Reno, donde Gracie Allyson tenía su residencia. Un pequeño chalet circundado por un jardín que rodeaba un macizo de setos, con una pequeña valla por su parte posterior, pintada de coquetones colores.

—Siento lo ocurrido, Gracie —dijo—. Esos hombres se muestran inabordables. Les duele en el fondo que alguien pueda demostrar que están equivocados. Es posible que prefieran ver morir a un inocente antes que tener que reconocer su error. A no ser que alguno de ellos... Bueno, buscaremos por otro lado.

—Tengo plena confianza en ti, Alfie —respondió ella—. Sé que Lewis es inocente y también que su suerte está en tus manos.

Alfie frenó frente a la casita, se apeó y abrió la portezuela para que bajase Gracie. Luego la enlazó por un brazo, conduciéndola hasta la puertecilla de la valla.

Un coche de negra carrocería, de líneas modernas y potente motor, avanzaba por el centro de la solitaria calzada de River Forest.

Alfie lo miró distraídamente mientras acababa de abrir la pequeña puerta de listones. Y de pronto vio asomar por la ventanilla posterior el cañón de una pistola.

Su reacción fue veloz, acorde con su temperamento y su rapidez de reflejos. Empujó a la joven hacia un costado, obligándola a tumbarse al otro lado de los setos. Luego se arrojó sobre ella, al tiempo que el arma automática dejaba oír sus secos estampidos.

Las balas silbaron agudamente sobre ellos, produciendo un siseo característico al atravesar el seto.

Alfie empuñó la pistola que portaba en la funda axilar, pero no llegó a incorporarse ni aun cuando cesaron los disparos. Era inútil, porque el ronroneo del motor le indicó que el coche acababa de torcer por Red Avenue, una amplia calle transversal, perdiéndose de vista. Además, le gustaba estar allá, notando el cuerpo de Gracie pegado al suyo y rodeándole la cintura con su brazo izquierdo. Una ocasión que merecía la pena aprovecharla.

—¿Estás bien, Alfie? —susurró ella con voz velada por la reciente emoción.

—Estoy como en la propia gloria, Gracie. Ésta es una de esas situaciones que uno desearía no ver terminar jamás.

Gracie captó la alusión. Entonces apartó la mano de Alfie de su cadera y lo arrojó a un lado mediante una brusca torsión. Pero al hacerlo su falda se subió hasta alturas peligrosas y el detective dudó en la elección acerca de cuál de las dos ocasiones era más ventajosa para él.

Se incorporó con presteza y ayudó a la joven.

Rostros curiosos empezaron a asomar por puertas y ventanas.

Alfie sintió la tentación de hacer un disparo al aire y cerciorarse de cuál sería el primero en desaparecer. Pero desistió de ello al ver acercarse a buen paso a un policía de uniforme.

—Estaba en la esquina cuando se cometió el atentado —dijo el policía—. ¿Han podido reconocer a alguno de los hombres que iban

en ese coche?

—No, amigo —respondió con ironía—. Parece como si Al Capone hubiese resucitado.

Sacó una tarjeta, que entregó al policía.

—No olvide consignar mi nombre cuando redacte su informe para el teniente Hilton. El lamentará que esos hombres no hayan hecho blanco. Y si me necesita para algo, puede buscarme en esa dirección. Queda invitado a tomar un *whisky* en mi casa cuando haya acabado el servicio, aunque le recomiendo que no lo haga.

Montaron en el coche y Alfie apretó el acelerador, dejando atrás al policía, que los miraba estupefacto.

—¿Tranquila, Gracie? —inquirió.

—Nerviosa. Ésta es una experiencia nueva para mí y muy excitante.

—Desde luego. Pero resulta más excitante cuando te atizan de verdad. Bien, celebro que no hayas perdido la entereza.

—¿Por qué habrán disparado contra nosotros, Alfie? —preguntó ella al cabo de un rato de silencio.

Alfie no respondió inmediatamente. Estaba pensando en las palabras de Gracie, cuando proclamaba la inocencia de su hermano. Pese a todo, debía estar en lo cierto. El empezaba a convencerse también después de lo ocurrido. Aquél debía ser un eslabón de la siniestra cadena que había aherrojado a Lewis Allyson. Porque ahora estaba seguro de que las balas habían buscado sus cuerpos para cortar la incipiente investigación, cuyos resultados debían resultar muy peligrosos para alguien que poseía un diabólico cerebro.

Llevó a la joven a su propio apartamento.

—No vas a regresar a tu casa por el momento —dijo él, sirviendo dos generosas raciones de *whisky*—. Permanecerás aquí hasta que haya puesto en claro algunas cosas. Yo me alojaré en el «Emigrant Hotel», dos puertas más abajo. Y cuando te hayas quedado sola, cierra con llave, echa el cerrojo y la cadena de seguridad y no abras a nadie que no sea yo, ¿comprendes? Aunque te diga que es el propio Presidente de los Estados Unidos y compruebes que es verdad.

Ella asintió con lentos movimientos de cabeza. Estaba afectada aún por los últimos acontecimientos. Se esforzaba por disimular su

turbación, su nerviosismo, pero era algo que no escapaba a la percepción del detective.

—Alguien me dijo que ibas a contraer matrimonio con Randall, el magnate de las minas de mercurio y tungsteno —comentó él, bebiendo su *whisky* a pequeños sorbos—. Hace tiempo ya de eso.

—No pasó de ser un rumor, Alfie —respondió ella.

—¿Por qué?

Gracie hizo un gesto ambiguo con la diestra.

Randall es lo que nosotras decimos un buen partido. Guapo, buen tipo y millonario. Pero su temperamento, su carácter... Bien. No nos entendíamos. Y yo creo que el matrimonio entre dos seres que no se comprenden es un verdadero infierno.

—Yo creo que lo es de todas formas —masculló él.

Dejóse caer en el diván, junto a la joven. Su mirada recorrió el cuerpo femenino de pies a cabeza, deteniéndose con especial atención en las pantorrillas, que la corta falda dejaba al descubierto. El cuerpo de Gracie parecía haber sido trazado a compás y tiralíneas. Sobre todo a compás. Y, después de todo, quizá el matrimonio no fuese un verdadero infierno al lado de una mujer como Gracie.

Sacudió la cabeza para ahuyentar las ideas que rondaban su cerebro. ¡Al diablo el matrimonio, Gracie Allyson y aquellas «calabazas» que le endosó!

De pronto se dio cuenta de que la mujer lo miraba fijamente a los ojos. Una mirada la suya tan penetrante, tan seductora y sugestiva, que Alfie volvió a su anterior pensamiento acerca de los beneficios del matrimonio.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos, Alfie? —musitó ella.

—¿Cómo olvidarlo? Me enamoré como un colegial imbécil. Y tú me diste unos frutos tan grandes de la famosa planta cucurbitácea, como para haber pasado el Atlántico a nado con ellos.

Los labios de Gracie esbozaron una sonrisa que era toda una promesa.

—Olvídalo, Alfie. A esa edad las cosas nos entran por los ojos y es difícil que echen raíces profundas en nuestros sentimientos. Luego, cuando la sensatez nos llega, lamentamos haber rechazado muchas cosas por no haberlas sabido comprender a tiempo.

Alfie tuvo un sobresalto. Las palabras de Gracie parecían querer

indicar que habíase enamorado de él, pero sin comprenderlo a tiempo. A no ser que pretendiese pagarle sus honorarios sin soltar un solo centavo.

La rodeó con su brazo, atrayéndola hacia sí.

—Eres deliciosa, Gracie —murmuró—. ¿Te imaginas a un maldito imbécil esperando cinco años a que ponga sus ojos en él una mujer que le ha demostrado la mayor indiferencia? Pues ése soy yo.

Gracie volvió a sonreír, aproximando sus labios a los de Alfie.

—Creo que es la mayor prueba de amor que puede darse —siseó.

Alfie se inclinó hacia ella muy despacio. Había deseado aquello con tanta intensidad que ahora merecía la pena saborearlo.

Repiqueó el timbre del teléfono, cortando el momento emocional.

Alfie lanzó una mirada furibunda al aparato antes de descolgarlo y pronunciar:

—¿Hola?

—Alfie. Soy el teniente Hilton.

—¡Vaya, teniente! No ha podido ser usted más oportuno. Aunque creo que es ésa una cualidad innata en usted.

—¿Se estaba bañando, Alfie?

—Al contrario —respondió—. Sólo faltaba una leve chispa para que estallase un polvorín. ¿Qué quiere de mí?

—Acabo de tener noticias de lo sucedido en River Forest. ¿Opina usted que esos hombres pretendían liquidarlos?

—Oiga, Hilton —bramó, doblemente enfadado de que hubiese sido el teniente de la policía quien cortara la idílica escena entre Gracie y él—. No pensará usted que esos angelitos pretendían sembrar balas en el jardín con la ingenua intención de que algún día saliesen de ellas metralletas. Querían matarnos. A Gracie Allyson y a mí. No se trata de un error. ¿Sabe por qué, teniente? Porque Lewis Allyson es inocente y alguien tiene interés en que eso no pueda demostrarse. Y porque sabe que una vez silenciados Gracie y yo, nadie intentará llevar adelante una investigación, una revisión de ese caso. Ése es el inconveniente de tener a un mastuerzo al frente de la comisaría de policía.

—¡Hablaremos más despacio usted y yo de todo eso! —gritó

Hilton vivamente ofendido—. Hasta pronto, Nick Carter.

Alfie juraría haber oído el click metálico característico del aparato al ser colocado sobre su horquilla. Por eso gritó con fuerza por el auricular:

—¡Adiós, gorila idiota!

Hizo una mueca de sorpresa al percibir la voz del teniente, enfurecida al máximo:

—Eso de gorila idiota se lo va a tragar junto con mi puño, Alfie.

El detective se apresuró a cortar la comunicación.

—Creí que había colgado ya —musitó—. Cualquiera día me veré obligado a cometer un asesinato para evitar ser asesinado por esa fiera.

Alfie se dispuso seguidamente a abandonar el apartamento.

—Voy a empezar a trabajar, Gracie —dijo—. Ahora estoy seguro de la inocencia de tu hermano Lewis. Esos pájaros lo han demostrado al pretender cortar por lo sano, para evitar a toda costa que lleve a cabo una investigación. Y eso demuestra también que un miembro de la jefatura de policía trabaja para ellos.

El cuerpo de Gracie se conmovió en un estremecimiento.

—¿Crees que el teniente Hilton...?

—El teniente Hilton, el sargento Lyes o algún agente de las oficinas. Había otros junto a ellos cuando hablamos con los dos. Sólo uno de esos policías pudo comunicar nuestros propósitos a los criminales para que actuasen con tanta rapidez.

—Confieso que cada vez estoy más asustada —pronunció Gracie, poniéndose en pie con lentos movimientos.

—No pienses en ello demasiado, pero tampoco descuides las precauciones. Voy a intentar encontrar algún cabo, un simple detalle, algo en fin, que permita demostrar el fallo policíaco y judicial cometido en este caso. Eso forzará a la policía a laborar conmigo y alejará mucho el peligro de muerte que ahora pesa sobre nosotros.

—Pero si el teniente Hilton es el traidor, correrás un albur.

—No creo que se trate del teniente Hilton. Es demasiado bruto para ser un traidor.

El detective se dirigió rectamente a Milton Street, en los barrios norte de la ciudad, donde estaba el pequeño garaje y taller de reparaciones de Bertie Temple.

Éste, de unos cincuenta años, alto y erguido, estaba allí, en el foso, engrasando un pequeño «coupé».

Alfie lo observó a medida que avanzaba hacia él. El hombre parecía afectado por una profunda excitación nerviosa. Y pareció inmutarse más y creció su ansiedad al revelarle el joven su condición de detective privado y su deseo de hablar con él.

Salió del foso, limpiando la grasa que ensuciaba sus manos mediante el expeditivo sistema de frotarlas contra las perneras del mono azul que vestía.

—¿Qué desea de mí?

—Una sola cosa, Tample —respondió—. La verdad.

—¿La verdad? —inquirió con gesto de extrañeza—. ¿Acerca de qué?

—Acerca de su complicidad en el asesinato de Morris Blenz.

El rostro de Tample dibujó una mueca de pánico.

—¿Qué... qué dice usted? —balbució—. Yo no soy cómplice de nadie. Yo no he hecho nada.

—Es usted un maldito embustero —agregó con dureza—. Dígame la verdad. Saldrá ganando con ello. Usted declaró en falso en la causa seguida contra Lewis Allyson. Fue usted y no él quien puso en el motor del coche una bujía desgastada, a punto de fundirse, después de retirar la que Morris llevaba siempre de repuesto en la caja del salpicadero. ¿Quién le pagó por hacer eso, Tample?

—Yo no hice eso —tartajeó—. Dije la verdad. ¿Por qué habría de mentir?

—Porque le pagó por hacerlo. Dígame quién es ese alguien.

Tample sacudió la cabeza con energía. Parecía a punto de prorrumpir en sollozos, asustado como un niño cogido en falta.

—Yo no hice nada —pronunció roncamente—. No puede acusarme de nada.

—No le acuso, Tample —respondió Alfie en tono persuasivo—. Tenga esto bien presente. Es su conciencia la que le acusa. Me he limitado a preguntarle quién le pagó para que cambiase la bujía. Eso puede poner en mis manos al verdadero asesino de Morris Blenz. Usted mintió a la policía y juró en falso cuando actuó de testigo ante el tribunal. Alguien estaba interesado en que las cosas sucediesen de ese modo. Un buen sicólogo. Calculó las reacciones

de los jóvenes y así supo de antemano que Lewis, subordinado de Morris aunque al mismo tiempo fuesen amigos, sería el que regresaría a Reno en busca de otra bujía. Eso dejaba las manos libres al asesino.

Tample sudaba copiosamente, perdida su mirada en un punto indefinido del espacio, mientras su cuerpo se sacudía con intermitencias en ligeros espasmos.

—¿Por qué tiembla, Tample? —susurró el detective; apoyándole una mano en el hombro.

—No es por lo que imagina —respondió con rapidez—. Estoy nervioso, eso es todo. Hace escasamente una hora, he estado a punto de sufrir un serio accidente. Un camión se precipitó contra mí cuando probaba un coche que acababa de reparar. El imbécil que conducía el camión pareció como que buscaba adrede el entrar en colisión. Viró en la misma dirección que yo y pude escapar por los pelos.

Alfie emitió una sarcástica risita.

—No ha sido un accidente, Tample —dijo—. Ese hombre buscaba su muerte, porque temen que pueda confesar la verdad. Voy a darle un buen consejo: Confiese la verdad. La policía puede protegerle en ese caso. Esos hombres lo han sentenciado a muerte.

—¡No! —exclamó de pronto el hombre, sacudiéndose de encima la mano del detective—. Nadie puede sentenciarme a muerte. Soy inocente.

—No lo es —insistió el joven—. Libre a su conciencia de ese enorme peso que la abruma. Su propia salvación depende de la detención de esos hombres.

Tample pareció vacilar. Enjugó con un pañuelo el sudor que perlaba su frente y por un momento, brilló la sinceridad en su mirada. Pero enseguida volvió a ella aquel oculto temor que Alfie había visto ya en ella y replicó con voz insegura:

—No tengo nada que decirle. Está equivocado, amigo.

—Es usted quien obra de un modo equivocado, Tample —observó el detective—. Yo sé cómo sucedieron las cosas. Hay de por medio un cerebro de diabólicas ideas. La mejor manera de librarse de sospechas es cargar las culpas sobre otro. Usted es un simple instrumento de ese cerebro siniestro. Estoy seguro de que obró en este caso por miedo a las amenazas y por el egoísmo de ganar

fácilmente unos dólares. Pero debe de sobreponerse a estos falsos sentimientos. No es usted un delincuente habitual. No se aparte del camino de la honradez, por el que ha discurrido su vida hasta ahora, Tample. Tiene usted una conciencia. Una conciencia, Tample, que le está gritando su cobardía. Usted no es culpable directo de la muerte de Morris Blenz. Pero sí lo será de que sea ejecutado un inocente o, en el mejor de los casos, haya de pasar entre rejas toda su vida. Un muchacho lleno de ilusiones y de esperanzas. De todo eso, sí que es usted culpable, Tample. Culpable por su silencio. Porque puede subsanar esa tremenda injusticia y no lo hace. Un recuerdo que pondrá pesadillas en sus noches. Nunca podrá olvidar a ese joven ejecutado o pudriéndose entre rejas; convirtiéndose en un viejo decrépito, resabiado y suspicaz. Todo eso, por culpa suya, Tample. Piense bien en lo que le he dicho y, cuando lo haya hecho, llámeme.

Le metió en el bolsillo superior de su «mono» una tarjeta.

—Ahí tiene mi dirección y mi número de teléfono. No deje pasar demasiado tiempo.

—Al diablo sus sermones —bramó de pronto Tample, rompiendo su tarjeta.

Alfie no insistió. Había sembrado la semilla en campo abonado y sólo faltaba esperar a que germinase para recoger el fruto. Tample estaba asustado, pero no era un delincuente habitual, no se había encallecido en la delincuencia y acabaría confesándolo todo. Eso, naturalmente, si tenía tiempo para ello.

Saludó con un ademán a los empleados de Tample que trajinaban en el otro extremo del garaje. Luego condujo su auto por Milton Street, hasta Monitor Park.

Allí entró en una cafetería para llamar a Gradé por teléfono.

Todo iba bien allí. Nadie se había presentado en el apartamento ni llamado por teléfono.

Alfie pidió un café doble y un *whisky*. Después, volvió a salir a la calle, dispuesto a continuar sus investigaciones.

Estaba abriendo la portezuela de su coche cuando percibió de pronto el eco de una explosión seca, potente, amortiguada allí por la distancia. A continuación vio elevarse una columna de humo sobre los edificios, que provenía al parecer de la Milton Street.

Tuvo una rápida sospecha de lo que aquello podía significar. Por

ejemplo, que Bertie Tample podía haber sido silenciado para siempre por un procedimiento drástico.

Conectó el encendido, partiendo a toda velocidad.

Cuando alcanzó el centro de la Milton Street, ocupada por el público, pudo comprobar que su sospecha era acertada. La explosión había tenido lugar en el garaje de Bertie Tample. Una densa nube de humo brotaba por la puerta del garaje, en cuyo interior debía haberse provocado un incendio como resultado de la explosión.

Se abrió paso a codazos entre la multitud de curiosos estacionados a ambos lados de la entrada del garaje.

Se hicieron audibles los electrizantes aullidos de las sirenas policíacas.

Los policías uniformados mantenían a cierta distancia del lugar del suceso al público, que presenciaba el resultado de la catástrofe.

Alfie se mantuvo en primera fila, observando atentamente todo cuanto acontecía.

El sargento Lyes llegó en un coche patrullero, casi al mismo tiempo que los bomberos y la ambulancia. Poco después quedaba sofocado el incendio y era extraído de entre los restos de chapas, cristales, ladrillos y pegotes de argamasa un cuerpo, que presentaba horribles mutilaciones. El cuerpo de un muchacho, que debía ser uno de los empleados de Tample.

Alfie reconoció al otro empleado del garaje en el hombre a quien el sargento Lyes empezaba a interrogar y se aproximó a ellos. Al mecánico le temblaban las mandíbulas y apenas acertaba a pronunciar palabra alguna.

—¿Quién es ese hombre? —oyó preguntar al sargento, señalando el destrozado cadáver.

—Es Moran. Albert Moran.

—¿Es usted el dueño del garaje?

—No, sargento. El dueño es Bertie Tample.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Salió unos momentos antes de que esto ocurriera. No dijo adónde iba. No tiene costumbre de decírnos eso.

—Comprendo. ¿Cómo ocurrió el hecho?

—No lo sé. Fue todo tan rápido... Apenas habíase ausentado Tample cuando entró un coche. Yo me hallaba en el foso y Moran le

atendió. No me fijé en el hombre que hablaba con Moran. Se marchó y poco después...

—¿Cree que hizo explosión el depósito de combustible?

—Es posible. Pero parecía más una bomba.

Alfie se alejó de allí. Tample era un hombre afortunado. Había escapado por dos veces a la muerte en el transcurso de pocas horas. Ahora faltaba ver hasta qué punto continuaría teniendo la suerte de cara.

Regresó a su apartamento, recibéndolo Gracie con muestras de alegría, de alivio. Como si temiese que un percance pudiese privarle de la compañía del detective, por algo más que porque se hallaba investigando para demostrar la inocencia de su hermano Lewis. Pero los últimos acontecimientos habían preocupado demasiado a Dawn, que apenas le prestó atención.

La guía de teléfonos le reveló el domicilio de Bertie Tample. Pero eso no le proporcionó ningún resultado positivo. Nadie respondió a su llamada. Luego, en la gerencia del edificio, le comunicarían que la esposa y la hija de Tample habían abandonado la ciudad al parecer de un modo precipitado, después de pagar por adelantado dos meses de alquiler del apartamento. El hombre pudo informarle que Tample no había aparecido por allí ni tampoco había partido junto a sus familiares. Uno de sus empleados se encargó de llevarles el equipaje a la estación, donde tomaron las dos solas el tren para Carson City, la capital de Nevada.

Alfie no se dio por vencido. Conque llamó seguidamente a los dos hospitales y las numerosas clínicas de la ciudad, sin el menor resultado. Su última llamada fue a la Morgue, pero tampoco allí pudieron darle razón de Bertie Tample.

Alfie dejó el aparato sobre su horquilla, concibiendo una sospecha. Que quizá Bertie Tample había caído al fin en las redes de aquella siniestra organización. Porque ya no cabía dudar que se trataba de una organización, de un «gang». Todo lo indicaba así. Un hombre solo no podía multiplicarse de ese modo. Y quizá el cuerpo de Bertie Tample se hallase tirado a la orilla de cualquier carretera, rígido y frío. Aunque tampoco podía descartarse el hecho de que Bertie, en vista del cariz que tomaban los acontecimientos, se hubiese ocultado en la ciudad, temeroso también de acudir a la estación para tomar el tren de Carson City y reunirse con su familia,

que trataba de poner a salvo de posibles represalias.

Ese pensamiento acarreó otro: El de que habían sido dos los testigos de cargo que actuaron en la causa seguida contra Lewis Allyson: Bertie Tample y el anciano Daniel Cromwell. Y era lógico suponer que éste, como Tample, había obrado bajo coacción y seducido por una recompensa. Ahora ese hombre podía estar corriendo los mismos riesgos que Bertie Tample.

—Tengo que volver a salir, Gracie —dijo—. He de comprobar algunos datos antes de que sea demasiado tarde.

Salió sin esperar la respuesta de la joven. Debía hablar con el anciano Cromwell antes de que los siniestros tentáculos de la organización se tendiesen también hacia él.

Oprimió a fondo el acelerador y salvó la distancia en pocos minutos.

La noche había caído sobre la región y la casa del viejo Cromwell, a un centenar de yardas de la carretera, aparecía sumida en la oscuridad y en el silencio. Sólo el croar de algunas ranas quebraban aquel silencio de tumba que imperaba en el paraje. Y la luna, en cuarto menguante, apenas bastaba con su tenue claridad espectral para siluetear la casa en el espacio.

Alfie metió el coche por el accidentado camino que empalmaba la casa con la carretera y lo recorrió dando tumbos.

Desmontó junto a la entrada de la casa, sintiendo un extraño presentimiento. Quizá porque el denso silencio y la quietud de la sencilla vivienda de madera recordaban un panteón e inducían a los pensamientos sombríos.

Empuñó el pesado y anticuado llamador de bronce y, al hacerlo, vio que la puerta cedía a la presión ejercida sobre ella.

Estaba abierta y el detective entró sin la menor vacilación. Se detuvo en el pequeño vestíbulo, donde se abrían dos puertas y había unos sacos de cebada apoyados en la pared del fondo.

Abrió ambas puertas, alumbrándose con su potente foco eléctrico. Se trataba de una destartalada cocina y un dormitorio, ambos vacíos.

Entonces subió la estrecha y empinada escalera que conducía a la planta superior. Allí se detuvo en el amplio rellano y escuchó.

Nada. El mismo silencio del exterior. Quizá más denso, porque no llegaba allí el croar de las ranas.

Abrió la primera puerta a su derecha y permaneció rígido en el umbral, mirando el horror que alumbraba su foco. En el centro de la estancia había una cama de hierro forjado, que debía datar de los heroicos tiempos de la colonización del Oeste. Las ropas estaban revueltas, asomando por un costado de la cama. Y sobre la alfombra, encogido de un modo inverosímil sobre un charco de su propia sangre, el cadáver de Daniel Cromwell, testigo de cargo en la causa seguida contra Lewis Allyson.

Alfie se adentró en la alcoba y examinó el cuerpo del anciano. Le habían destrozado la cabeza con un pico de partir hielo. El arma homicida estaba allí, junto a la víctima.

Alfie abandonó la casa minutos después, tras efectuar un somero registro, que no arrojó la menor luz sobre el asunto.

Regresó a la ciudad y puso al teniente Hilton al corriente de lo sucedido. Seguidamente se retiró a descansar a su habitación del «Emigrant Hotel». Y a la mañana siguiente lo despertaron unos golpes propinados con cierta violencia en la puerta de su cuarto.

Fue a abrir, desperezándose ruidosamente.

Aquella forma de llamar era inconfundible para él. Se trataba del teniente Hilton.

El grueso oficial de la policía entró, empujando a Alfie y cerrando la puerta a sus espaldas con brusquedad. Luego se internó en el «*hall*» y se sirvió una generosa ración de *whisky*.

—Podía avisar al menos, teniente —reprochó el detective con ironía.

—¿Avisar? He llamado a la puerta, Alfie. ¿O acaso tengo que pedir un permiso especial...?

—No me refiero a eso, Hilton —le atajó—. Es por el *whisky*. Tengo otro reservado para las visitas poco gratas.

—Valiente granuja es usted, Alfie —exclamó el teniente—. ¿Cree que iba a ser capaz de beber su «matarratas»? Vamos. En las cárceles de los Estados Unidos hay muchos hombres con menos méritos que usted para estar entre rejas.

—¡Ya! Y en los parques zoológicos...

—¿Qué? —bramó el teniente—. Continúe.

—No es necesario. Usted ya sabe lo que iba a decirle.

—Sí. Y eso le costará algún día un serio disgusto.

—No sea cascarrabias.

—No lo soy, coyote de bajos fondos.

—No tiene derecho a insultarme —dijo Alfie, conteniendo a duras penas su hilaridad.

—No se queje. Es peor oírse llamar gorila idiota. ¿Qué me dice a eso?

—Dos cosas: Que a veces existe un motivo para llamar a alguien de una forma determinada y que es mejor que exponga cuanto antes el motivo de su visita.

Hilton se arrellanó en un sillón, paladeando el *whisky* y encendiendo un cigarrillo de la caja que había sobre la mesa.

—Sabe usted cuidarse, Alfie —sonrió—. En todos los sentidos. Ayer, Gracie y usted fueron muy afortunados, ¿eh?

—Exacto. Pero no todos tuvieron la misma suerte que nosotros.

—No —replicó Hilton adelantando el busto—. Es a propósito de eso por lo que he venido. Empiezo a creer que tiene razón. Gracie y usted estuvieron ayer en jefatura hablando de eso. Seguidamente les faltó poco para ser víctimas de un atentado. Luego le ocurrió a Bertie Tample. También él tuvo suerte, pero murió un pobre muchacho, ajeno por completo a todo esto. Tample es uno de los testigos que prestaron declaración contra Lewis Allyson. Después encontró asesinado a Daniel Cromwell, el otro testigo de cargo contra Allyson. Demasiada coincidencia para no obedecer a un plan deliberado.

—Empiezo a creer, Hilton, que tiene instinto policíaco. ¿Qué conclusiones ha sacado de todo esto?

—Tres —respondió Hilton—. Que Lewis Allyson es posiblemente inocente. Al mismo tiempo, tan víctima de un plan siniestro, como lo fueron Harold y Morris Blenz. Que hay un traidor en comisaría, puesto que de otro modo es difícil que esos hombres conocieran el objeto de su visita y, finalmente, que muerto Cromwell y desaparecido Tample, va a ser punto menos que imposible demostrar esa inocencia de Allyson. Hacen falta pruebas para refutar a las otras que se presentaron contra él durante la celebración de la causa. Algo tan difícil como hallar una aguja en un pajar. Porque, además, todo parece estar en contra de ese muchacho.

—Desde luego, Hilton. Pero el plan de ese cerebro diabólico se basa precisamente en eso. En presentar las cosas de forma que todo

el mundo crea en la culpabilidad de ese muchacho. Es algo difícil demostrarlo, pero no imposible. Una aguja puede hallarse con paciencia, perseverancia y la ayuda de un potente imán.

Alfie se aproximó al teniente de la policía de Reno y le palmoteo en el hombro.

—Creo que estaba equivocado con usted, Hilton. Retiro lo de idiota.

—¿Y lo de gorila? —saltó Hilton.

Pero Alfie no le hizo el menor caso.

—¿Quién cree usted que no juega limpio en la comisaría? Debe conocer bien a todos sus subordinados.

—No es fácil precisar —respondió el teniente—. Sin embargo, me inclino por el sargento Lyes. Por varias razones. Una, porque él llevó la iniciativa en la investigación del caso, que solucionó con mucha prontitud, antes de que yo tuviese tiempo de tomar cartas en el asunto. Como si todo hubiese estado preparado de antemano. Otra, porque el sargento Lyes no tiene reconocido medio alguno de fortuna. Todos sabemos lo que da de sí una paga. Sin embargo, el sargento Lyes posee coche propio y una buena residencia en el barrio Tahoe. Si no existe corrupción en este caso, yo soy un gorila.

Alfie estuvo a punto de decirle que ambas cosas podían compaginarse a la perfección, pero se contuvo. El teniente parecía estar en vena y no era caso de dejarlo escapar por una tontería.

—Tengo la impresión de que ha dado en la diana, Hilton —dijo a cambio de lo otro.

—Hablaré con Lyes...

—Yo hablé con él en comisaría —siguió diciendo el detective sin dejarle continuar—. Se mostró tan reservado como usted. Seguidamente debió comunicarse con el hombre que forjó, eslabón tras eslabón, esta siniestra cadena. Entonces trató de eliminarnos a Gracie y a mí. Muerto el perro se acabó la rabia. Así quedaba todo resuelto, porque Lyes debió dejar muchos cabos sueltos durante la investigación. En realidad no debió hacer otra cosa que acumular pruebas contra Lewis, desechando todo lo demás. Pero fallaron y entonces deciden cambiar de planes y silenciar a las dos únicas personas que pueden complicarles el asunto con sus declaraciones: Temple y Cromwell. Así todo queda tan oscuro como antes. Y en realidad, es como tener lámparas y no poder encenderlas para que

arrojen su luz. Ellos saben que así —despiertan las sospechas de la policía, pero al mismo tiempo ésta se ve impotente para actuar por falta de pruebas.

—Desde luego —gruñó el teniente—. ¿Cómo cree que asesinaron a Morris?

—El asesino debió ir oculto en el portaequipajes del coche. Tiene el hueco suficiente para contener a un hombre.

—¿Y a Harold Blenz?

—Eso está un poco más oscuro. Pero lo aclararemos también.

Hilton se incorporó, tomó el teléfono instalado sobre la mesita y disco un número.

Alfie se aproximó a él para escuchar.

—¿Sargento Lyes? —Y al recibir la respuesta afirmativa—. Soy el teniente Hilton. Escuche. Venga a la habitación número 85-C

del «Emigrant Hotel». Le espero. Tengo algo muy importante y urgente que comunicarle.

Colgó sin esperar la respuesta.

—Usted, Alfie, a veces tiene alguna buena idea —dijo con sorna—. Exprímase el magín y ayúdeme. Vamos a coger a Lyes entre dos fuegos. Opino que es nuestra mejor oportunidad.

Alfie se vistió apresuradamente. La perspectiva era buena. Si hacían confesar al sargento...

Pero dos horas y media después, el sargento Lyes aún no había hecho acto de presencia.

—¿Es posible que este zorro haya olido la tostada? —masculló Hilton, que paseaba con impaciencia por la habitación.

—No lo creo. Llame a comisaría. Si no ha pasado por allí, iremos a su casa directamente.

Hilton obedeció sin rechistar las indicaciones del detective. Durante largo rato escuchó con el auricular pegado a su oído. Luego se despidió brevemente y colgó el aparato. Entonces fue cuando Alfie advirtió su gesto de abatimiento:

—¿Sucedó algo malo, Hilton? —inquirió.

—Sí, Alfie, sucede algo muy malo. El sargento Lyes ha sufrido un accidente mortal. Una bomba conectada al encendido del motor de su automóvil. Hizo explosión al ponerlo en marcha en su pequeño garaje anexo a la vivienda. Su cuerpo ha quedado

destrozado. Parece como si la Mafia volviese a las andadas de los años veinte.

—Es cierto, Hilton. Hemos debido retroceder a los vergonzosos años del terror del *gansterismo*. Atentados desde coches en marcha, bombas, asesinatos...

Por un momento pareció contagiarse del abatimiento del teniente. Todas las puertas por dónde podían llegar al fondo de aquel tenebroso asunto se cerraban una tras otra ante ellos. Y encogía el ánimo pensar que aquel diabólico cerebro iba agregando eslabón tras eslabón a su siniestra y sangrienta cadena.

—Revisaré el caso, Alfie —dijo el teniente—. Sin embargo, sigo opinando que va a sernos difícil encontrar el menor rastro. Seguro que han destrozado ahora también cuantas pruebas pueden acusarles.

—Siempre queda algo, teniente. No hay crimen perfecto. El mismo crimen en sí es una imperfección. Tenemos la casa de Harold Blenz y el coche donde Morris fue asesinado.

—De acuerdo. Oiga, Alfie. Voy a serle sincero. Nunca me han gustado los sabuesos privados. Menos que a usted ciertos policías de uniforme. Pero opino que en esta ocasión se impone un pacto entre los dos. Téngame al corriente de lo que averigüe. Yo haré lo propio y lanzaré a mis mejores hombres tras las posibles huellas que puedan existir. Ellos le dejarán trabajar a su vez libremente. Pero no me haga alguna de las suyas.

—De acuerdo —concedió, tendiéndole la diestra—. «L'union fait la force». Y parece una buena unión la de un gorila idiota con un coyote de los bajos fondos.

CAPÍTULO III

Alfie acudió seguidamente a su apartamento y Grade le franqueó la entrada después de cerciorarse de que se trataba del detective privado.

—Todo bien, ¿no, Gracie? —inquirió.

—Todo bien. Sin embargo, no he conseguido dormir dos horas seguidas.

—Es la impresión de quién se siente acechado. Pasará pronto. Ahora, de todas formas, no creo que vuelvan a intentar nada contra ti. Han ocurrido muchas cosas en estas últimas horas. Tu muerte, prácticamente, carece de valor ya para ellos.

Le explicó lo sucedido desde su visita al garaje de Tample. Al acabar, la joven avanzó hasta la ventana, donde permaneció inmóvil, apoyando la frente en los cristales, mirando a la calle con expresión entre triste y preocupada.

—Me siento culpable de las muertes de esos desgraciados —musitó—. Yo provoqué esto.

Alfie fue a situarse tras ella y le apoyó ambas manos en los brazos.

—Desecha esa idea —dijo—. No tienes culpa de nada. Has buscado hacer justicia. Ellos mismos labraron su propia destrucción. Jamás debieron aliarse con esos criminales. El hombre no debe dejarse llevar jamás del miedo ni de la ambición.

La obligó a volverse y a mirarse en sus ojos. Luego la besó.

Gracie aceptó la caricia con frialdad en un principio. Luego se entregó a ella, oprimiéndose contra el detective. Finalmente, se apartó de él con brusquedad.

—Me siento culpable también por esto, Alfie —dijo— Quizá pienses de mí...

—Olvida también eso, Gracie. A este paso, vas a convertirte en un almacén de complejos de culpabilidad. Eres una mujer

estupenda y un día estuve loco por ti.

—¿Ya no lo estás?

—Bueno, uno acaba curándose la locura a fuerza de duchas de agua fría. Pero la humedad puede secarse. Y ahora, Gracie, hágame de Harold Blenz. Debes conocerlo bastante a través de las conversaciones con tu hermano. Sus gustos, sus aficiones, sus costumbres... Es posible que encontremos algo por ahí.

Gracie hizo un gesto ambiguo con la diestra.

—Algo puedo decirte, aunque no demasiado. Harold era un enamorado de la Arqueología. El «Blenz Museum» fue fundado por él. Ha gastado grandes sumas en su conservación y la adquisición de valiosas piezas. Se casó una vez, pero su matrimonio resultó un completo fracaso. Se divorciaron a los pocos meses, sin haber tenido familia. Desde entonces, Harold, es dedicó por entero a su afición favorita.

—He oído hablar de ese Museo. Creo que iré a visitarlo. Y ahora, dime: ¿Quiénes son los principales beneficiados con la muerte de Blenz?

—Su sobrino Peter Blenz.

—Pues cuéntame algo de Peter Blenz.

—Harold tuvo dos hermanos que nacieron del segundo matrimonio de su padre y que murieron muy jóvenes, en la Segunda Guerra Mundial. Entonces Harold se hizo cargo de los hijos de sus hermanos: Peter y Morris. Muerto Morris y acusado Lewis del doble asesinato que lo deshereda automáticamente, toda la fortuna de Harold pasa a las manos de Peter Blenz. Pero lo he tratado muy poco. Era alto y bien parecido, muy moreno, de unos veinticinco años. Un experto en Arqueología. Él se encarga de adquirir piezas para el Museo. Viaja mucho a causa de eso y se hallaba en Egipto cuando ocurrieron las muertes de Harold y Morris.

—Sonó el timbre del teléfono y el detective se apresuró a tomarlo.

—¿Detective Alfie Dawn?

No reconoció la voz. No era, desde luego, la del teniente Hilton. Se trataba de una voz gruesa, deformada a propósito con toda seguridad para que no pudiese ser conocida.

—Al aparato —respondió—. ¿Quién llama?

—Eso no importa —replicó la voz—. Escuche bien. Usted ha

comprobado que Lewis Allyson es culpable. La gente prefiere morirse antes que declarar en favor suyo. Hay una oferta para usted si decide olvidarse de este caso. Veinte de los grandes. Los recibirá mañana por correo si da su conformidad ahora mismo. De todas formas, puede tomarse un tiempo para pensarlo.

Pero tenga en cuenta que sus honorarios nunca ascenderán ni a la mitad de esa cantidad que yo le ofrezco. Si no acepta, puede ocurrirle algún lamentable percance.

—Está bien, amigo —respondió—. Envíelos por correo. O quizá sea mejor quedos reserve para pagarle a su abogado, cuando tenga que responder ante un tribunal por sus crímenes.

Percibió el clic característico del aparato al ser colgado.

—¿Alguna novedad, Alfie? —preguntó la joven.

—Sí. La plena confirmación de la inocencia de Lewis. Acaban de ofrecerme veinte de los grandes a cambio de olvidar todo esto.

Grade se le aproximó, apoyándole ambas manos en el pecho.

—Gracias, Alfie —susurró—. Es una gran prueba de... de amistad.

—¿Amistad? Oye, Gracie, a pesar de lo que diga ese cascarrabias de Hilton, tengo dignidad, conciencia y amor a la profesión. Quizá sean un mal negocio desde un punto de vista económico, pero es la única forma de poder dormir toda la noche de un tirón. Hubiese hecho lo mismo con una desconocida.

—A pesar de eso, Alfie... espero poder compensarte por ello algún día.

Alfie la besó en los labios. Un beso largo, fuerte, succionante.

—Ya estoy compensado con creces —dijo, apartándose de ella—. Creo que ahora soy yo quien te debe a ti otros diez mil dólares por lo menos. Pero ya arreglaremos cuentas al final.

Llamó al teniente Hilton a Comisaria.

—¿Sabe una cosa, teniente? —masculló—. Acaban de ofrecerme veinte mil dólares si me decido a olvidar este asunto.

Las maldiciones y los denuestos de Hilton resonaron como trallazos en el auricular.

—Le juro, Alfie, que si llega a caer en mis manos algún día le pisotearé las tripas a ese individuo.

—No es para tanto, Hilton.

—¿Qué no? Esa voz misteriosa me ha ofrecido a mi diez mil

dólares por hacer lo propio. Ha tenido la desfachatez de tasarme en la mitad que usted.

—Le daban más de lo que vale, Hilton —rió—. Y si alguna vez llega a caer en sus manos, contrólese. No olvide que se encuentra en una ciudad civilizada y no en la selva virgen.

Colgó antes que el teniente empezase a soltar sus tacos de grueso calibre.

Se volvió hacia la mujer:

—Voy a salir. Recuerda mis instrucciones. No abras a nadie. Tampoco al teniente Hilton. Si insiste, puedes decirle que te he dejado encerrada bajo llave y he ido a comprar unos dulces. Voy a la casa de Harold Blenz. Allí puedes localizarme si ocurre alguna novedad. Te comunicaré mi salida del apartamento.

—Necesito alguna ropa, Alfie —dijo ella—. No tengo más que lo puesto.

—Estás muy bonita con esa ropa. De todas formas, no vayas. Yo te traeré algo de allí.

Recorrió a toda marcha en su moderno «Studebaker» la distancia que le separaba de Market Street, junto al «Hotel Sherman», donde se hallaba el edificio, en uno de cuyos apartamentos de la novena planta había encontrado la muerte Harold Blenz.

Pulsó el botón del zumbador y unos segundos más tarde le franqueaba la entrada un mayordomo alto, de edad madura, muy estirado dentro de su librea.

Alfie le entregó una tarjeta tras los saludos de rigor.

—He de tratar algo muy importante con mister Peter Blenz.

El mayordomo lo condujo a un pequeño «hall» y luego se alejó pasillo adelante.

Peter Blenz se presentó en el «hall» unos minutos más tarde.

La descripción que Gracie había hecho de él era exacta. Alto, muy moreno y bien parecido. Recibió al detective con mucha amabilidad, inquiriendo el objeto de su visita.

Alfie se lo expuso sin ambages. Y al acabar, expresó su deseo de husmear un poco por la casa en busca de algún posible dato de los muchos que el sargento Lyes debió dejar pasar por alto, en particular en la habitación donde el millonario había encontrado la muerte.

—Tendré mucho gusto en poder serle útil en algo, señor Dawn

—respondió Peter con prontitud—. ¿Sabe una cosa? Nunca estuve demasiado convencido de la culpabilidad de Lewis. Era un secretario eficiente, siempre consciente de su deber, de sus obligaciones. Un hombre muy activo. Además, sentía por tío Harold algo más de lo que suele sentir un hombre por su amo. Y Morris y él se profesaban una sincera amistad. Celebraré que usted pueda demostrar su inocencia. Si lo consigue, Lewis volverá a esta casa para ocupar de nuevo su puesto. Tío Harold lo quería tanto como a Morris o a mí. Yo también siento un gran aprecio por ese muchacho. ¿Sabe dónde se encuentra su hermana Grade?

—Claro.

—He consultado con mi abogado. Parece que la ley deshereda automáticamente a Lewis de la parte que tío Harold le dejaba en su testamento mientras continúe considerándose culpable. Pero yo quiero favorecer a su hermana, tanto si se demuestra su inocencia como no. Ayer traté de localizarla para hacérselo saber, pero no pude establecer contacto con ella. Quizá se encuentre en apuros económicos.

Alfie le palmoteo el brazo derecho. El tono del millonario era de absoluta sinceridad.

—Es usted muy generoso, Peter. Grade está en mi apartamento. Y sabe que he venido aquí.

Blenz condujo al detective a la habitación que había constituido realmente el «Sancta-sanctorum» del difunto Harold Blenz. Un diván, tres cómodos sillones, una mesita de centro, un pequeño mueble-bar, una estantería de pared repleta de libros y, junto a éstos, una mesa de escritorio. Sobre ésta, el teléfono y una agenda.

Una cortina de terciopelo azul separaba esta habitación del reducido dormitorio, donde Harold pasaba sus noches tras ingerir su tableta de «Pen-barbital».

En el dormitorio no halló nada que despertase su interés. A continuación Alfie se dedicó a efectuar un examen minucioso de aquella habitación, extraña mezcla de cuarto de estar, biblioteca y despacho.

Centró su atención en la agenda. Y se detuvo con especial interés en la hoja correspondiente al doce de mayo. Era el día en que había tenido lugar el doble asesinato de los Blenz. La solapada muerte de Harold y la sangrienta de Morris.

La hoja tenía unos apuntes. Dos nombres, una hora y un número de teléfono. Y debajo la palabra «urgente». Pero eran dos nombres desconocidos para él.

—¿Ha encontrado algo de interés? —inquirió Peter a su lado.

—No lo sé. Pero habrá que hacer una comprobación. ¿Conoce a estos hombres cuyos nombres su tío apuntó en la agenda? Aurobindo Basrula y Jonathan Ericson.

—Jonathan es el director del «Blenz Museum».

—Comprendo. ¿Y el otro individuo?

—Me es completamente desconocido.

—¿Tiene a mano algún tubo de barbitúricos de los que su tío tomaba habitualmente?

—No —respondió el millonario—. Lewis se encargaba de comprarlos. Una de sus tareas consistía en darle a tío Harold una tableta y una taza de café descafeinado antes de acostarse. Ese día tenía su fiesta Padden, el mayordomo, y el propio Lewis preparó el café.

—Conozco esos detalles. Lo más seguro es que la tableta contuviese el arsénico que acabó con Harold. Sin embargo, el resto de las tabletas que quedaron en el tubo, examinado por los expertos en Química de la policía, eran completamente normales.

Peter chascó la lengua.

—Un mal asunto para Lewis —dijo—. Porque, ¿quién pudo darle el veneno?

—Sí, tiene razón —respondió Alfie—. Usted estaba en Egipto, Padden tenía su día libre y Morris murió poco después de haber sido envenenado su tío. Ni el café ni el azúcar contenían el veneno, puesto que Morris y Lewis tomaron también de la misma infusión sin resultado letal para ellos. Y según sus propias declaraciones, Lewis llevaba desde hacía dos días el tubo de «Pen-barbital» en su bolsillo. Bien, ¿no tiene otra servidumbre que ese mayordomo?

—Una mujer, que hace la limpieza por la mañana y se marcha tan pronto termina su labor. La comida la traemos del restaurante.

—Me gustaría poder hablar a solas con ese hombre.

—Hágalo. Y cuente con mi colaboración para todo cuanto juzgue necesario.

—Espere un poco —le contuvo antes que se dirigiese en busca del mayordomo—. Quiero comprobar antes un dato.

Alfie se enfrascó en la tarea de encontrar en la guía de teléfonos el número, apuntado en la agenda de Harold Blenz. Una labor ardua, puesto que la guía estaba por orden alfabético de nombres. Pero al fin el éxito coronó sus esfuerzos. Y fue una sorpresa para él comprobar que el número correspondía al «Rayston Club». Un club que él conocía bien, a través de sus amistades de los bajos fondos, en el que expedían estupefacientes y se rendía culto al vicio.

Después, Peter permaneció en la habitación, mientras el detective se entrevistaba con Padden en el «*hall*».

—Estas anotaciones de la agenda corresponden al día en que Harold Blenz fue asesinado —empezó diciendo—. La cita, al parecer y guiándonos por los mismos apuntes, estaba concertada para las ocho de la mañana. A esa hora, Lewis no había comenzado aún su jornada de trabajo en esta casa. Conozco a Ericson. ¿Qué me dice usted de ese tal Basrula?

El hombre pareció meditar antes de dar la respuesta.

—Me parece haberle oído alguna vez.

—¡Haga memoria! —insistió Alfie—. ¿No estuvo ese individuo aquí, en el apartamento ese día?

—No recuerdo. Creo que no. Es posible que míster Blenz se limitase a hablar con ellos por teléfono.

Mentía. Era indudable que mentía.

—Piense un poco, Padden. Es de vital importancia su contestación. Me gustaría saber, en primer lugar, quién es ese individuo. Usted puede ahorrarme algo de trabajo, puesto que de un modo u otro, yo he de acabar por localizarlo.

—Quizá ese hombre ha hecho alguna vez un trabajo para míster Blenz o para el Museo. No puedo recordarlo bien.

Alfie continuó estudiando el rostro del mayordomo mientras hablaba. Lo hacía con voz insegura. Y no parecía el mismo hombre que había visto al entrar en el apartamento. Su expresión reflejaba ansiedad, nerviosismo, quizá también algo de temor.

—Dígame, Padden —inquirió de pronto—, ¿qué relación tenía Harold Blenz con el «Rayston Club»?

Fue evidente el azoramiento del mayordomo.

—Pues... ninguna creo yo. El señor Harold no abandonaba el apartamento más que para visitar el Museo.

Alfie se acercó más a él, adelantando el busto agresivamente.

—Vamos, Padden —dijo—. Suelte la verdad. Usted oculta algo. Usted sabe muchas cosas, que pueden servir para salvar a un inocente del castigo de la justicia. Si no acompañaba a Harold en sus salidas, no puede asegurar tan rotundamente que sólo iba al Museo.

—No sé nada —tartajeó el mayordomo—. Se equivoca usted.

Alfie le empujó, obligándole a sentarse en uno de los sillones.

—Usted y yo vamos a hablar claro ahora, Padden. De todo eso que calla por temor a alguien o por la ambición de ganarse unas monedas del mismo modo que Judas Iscariote se las ganó. He conocido a otros hombres como usted durante el corto curso de mis investigaciones en este caso. Los otros se me fueron de entre las manos, pero no voy a consentir que usted...

—¡Alfie!

Cortó en seco su frase al oír pronunciar su nombre al millonario.

Peter se presentó en el «hall». Parecía, excitado, nervioso.

—Una mujer pregunta por usted —barbotó—. Parece encontrarse en apuros.

—Debe ser Gracie Allyson.

Alfie se apresuró a tomar el teléfono, descolgado aún, de la habitación de Harold.

—¿Hola?

—Alfie.

Era la voz de Gracie. Una voz apagada, impregnada de ansiedad, de dolor, de pánico incipiente.

—Han disparado contra mí a través de la puerta, Alfie. Estoy herida. Ahora tratan de forzar la cerradura y entrar.

Alfie dejó el auricular de cualquier forma y corrió hacia la salida. Se volvió en el vano, señalando acusadamente a Padden con el índice.

—¡Piense bien las cosas y no trate de evadirse! Volveremos a vernos más tarde.

Peter echó tras él, acompañándole hasta el apartamento.

Subieron los dos en el ascensor, hoscos y silenciosos. Alfie con la diestra cerca de la funda axilar, donde llevaba su pistola.

Pero el descansillo estaba desierto y la puerta cerrada.

Los dos hombres se miraron sin romper el silencio. Alguien había escrito con tiza en la madera, cerca del agujero dejado por la

bala: GRACIAS, IDIOTA.

Alfie pulsó el zumbador y pasó un buen rato antes de que oyese la voz de Gracie preguntando débilmente quién era. Después, el descorrer de cerrojos y el ruido característico de los resortes de la cerradura.

Alfie reparó en la palidez del rostro de Gracie. También en la sangre que manchaba la manga derecha de su blusa.

Entre los dos hombres la ayudaron a tenderse en el diván y Alfie rasgó la manga para examinar la herida.

—No es profunda, pero hay que llamar a un médico. ¿Duele mucho, Gracie?

—No demasiado.

Era evidente la postración de la joven una vez pasada la tensión a que había estado sometido su sistema nervioso.

Alfie avisó al doctor Hams, un viejo amigo suyo. Seguidamente se puso en contacto con el teniente Hilton.

—Teniente, consiga una orden de detención contra Loren Padden, mayordomo de Harold Blenz, por complicidad en el asesinato de su amo. Ese individuo sabe mucho de todo esto. En Comisaría le apretaremos bien las clavijas.

—¿Está seguro de no equivocarse?

—No. Escuche.

Lo puso en antecedentes de todo lo ocurrido.

—De acuerdo, Alfie. Creo que tampoco esta vez se equívoca.

Dejó el aparato en su horquilla, volviéndose hacia la joven.

—¿Cómo pasó todo, Gracie?

—Golpearon en la puerta y me acerqué para preguntar quién era. Respondieron con una carcajada. Oí un ruido, como un golpecito, y entonces sentí dolor en el brazo.

—Debieron disparar con una pistola provista de silenciador. Continúa.

—Retrocedí asustada. Una voz ronca, fuerte, dijo que todo era inútil, que iban a entrar de todas formas. Empezaron a manipular en la cerradura y me apresuré a llamarte a casa de Blenz. No se me ocurrió otra cosa. Han sido unos momentos terribles, Alfie.

—¿Dejaron pronto de manipular en la cerradura?

—Sí. Tan pronto dejé de hablar contigo.

Alfie se entregó a una profunda meditación. Y empezó a tener

una clara idea de lo que aquello significaba. La alarma provocada en Gracie, la forma de disparar a través de la puerta, pero por un lado de la misma de forma que Gracie pudiese ser herida con levedad, y también el GRACIAS, IDIOTA escrito en la madera. Otra vez el cerebro diabólico, como en el caso del asesinato de Morris, había previsto la reacción de la joven. Y otra vez iba a añadir un eslabón sangriento a la siniestra cadena.

El doctor Hams llegó poco después, portando su maletín de cuero negro.

La herida no revestía gravedad, si bien era dolorosa. Y tan pronto Gracie se hubo acostado por consejo del médico, Alfie y Peter retornaron al apartamento en busca de Padden.

El teniente Hilton en persona había acudido portando la orden de detención, haciendo alarde de una rapidez extraordinaria. Pero nadie respondía a sus repetidas llamadas.

Peter les franqueó la entrada. Sin embargo, todo fue inútil. Padden había desaparecido. Su librea se hallaba sobre una silla, junto a una chaqueta de modelo deportivo, que Peter reconoció como suya.

El mayordomo debió cambiarse la ropa para pasar más desapercibido. O le habían obligado a hacerlo así. Porque el hombre había dejado allí todo su equipaje, sin revolver lo más mínimo.

—Debí quedarme aquí —masculló Peter—. Quizá hubiese podido evitar su fuga.

—O habría tenido que partir usted también —apuntó Alfie.

—¿Qué hacer ahora? —barbotó el teniente.

—Sólo una cosa puede hacerse —respondió el joven—. Difundir una descripción de Padden y que los patrulleros vigilen todas las salidas de la ciudad. Todos los policías deben estar alertados.

Hilton asintió con fuertes sacudidas de cabeza.

—Esto parece un crucigrama hecho por un demente.

Volvieron a bajar a la calle, despidiéndose de Peter Blenz, que quedó en su apartamento. Él se encargaría de avisarles si llegaba allí la menor noticia del mayordomo.

Después de dar las órdenes oportunas para proceder a la búsqueda del mayordomo Padden, el teniente Hilton sacó una ficha del tamaño y forma de una moneda de níquel, que ofreció al detective privado.

Éste la examinó con redoblado interés. La ficha tenía grabado el título del «Rayston Club». Alfie había visto otras iguales a aquélla. Era una ficha especial para hacer funcionar una máquina del club, donde, mirando por unos gemelos, podía verse una sucesión de fotografías de mujeres completamente desnudas.

Pero esta ficha tenía algo que la distinguía de las demás. Un pequeño agujero, que debía servir para prenderla de una cadena y llevarla como una especie de amuleto. Y en su parte posterior, alguien había grabado torpemente las iniciales T. B.

—¿Dónde encontró esto, Hilton? —inquirió.

—Sabía que usted acudiría al apartamento de Blenz y yo no he querido perder mientras el tiempo. Conque registré el portaequipajes del «Ford» de Morris Blenz, en el «Centre Garaje». Está allí desde la muerte de su dueño, sin que Peter ni nadie haya ido a retirarlo. Encontré esta ficha entre una rueda de recambio y algunas herramientas. Él, sargento Lyes torció tanto las cosas que esos hombres no se han molestado demasiado en destruir la pista. Eso puede servirnos de mucho.

—Por supuesto. Guardaré la ficha si no tiene inconveniente. Es posible que pueda conducirnos a alguna parte.

Alfie no quiso revelar al teniente todo lo que aquella ficha podía significar para la solución del caso. Hilton era demasiado violento para confiarle un trabajo delicado, una labor de zapa. Podía echarlo todo a perder con su precipitación. Y las cosas se habían enredado ya demasiado para no medir bien los pasos a dar en adelante.

Aquellas dos letras grabadas en la ficha podían querer decir mucho. Porque Taylor Bryce, cuyas iniciales correspondían a aquéllas, era un individuo íntimamente ligado al «Rayston Club». Además, Bryce era un sanguinario asesino. Su afición favorita, afición escalofriante, era poder acuchillar a alguien con su navaja de resorte. Y Morris Blenz había muerto con el pecho abierto a cuchilladas.

Alfie se encontró como ante un gigantesco rompecabezas. Veía las piezas, se daba cuenta de que sólo faltaban unas pocas para completarlo, pero, al mismo tiempo, no encontraba la manera de encajarlas unas con otras, de forma que éste quedase claramente definido.

Las primeras noticias de Padden las recibieron a primeras horas

de la mañana siguiente. Un coche patrullero lo había descubierto al fin. Pero Padden no podía decirles nada, no podía aclararles nada. Su cuerpo, acribillado a balazos, había sido hallado en una cuneta de la carretera de Carson City. Ahora estaba en la Morgue, adonde fueron Alfie y el teniente Hilton.

Fue éste quien levantó la sábana que cubría el cuerpo del infortunado mayordomo, en cuyo rostro se reflejaba el terror de su último instante de vida.

—¿Buena jugada —farfulló Hilton.

—Se lo dije, Hilton —adujo el detective—. Nos hallamos ante un cerebro tenebroso. De un solo golpe borró del mundo de los vivos a Harold y Morris Blenz y, de rechazo, a Lewis Allyson. Ésa era su jugada y es hombre que no se detiene ante nada. Después, han ido Tample, Daniel Cromwell, el sargento Lyes, Padden...

—Todas las puertas cerradas.

De momento sí. Pero abriremos una, aunque para ello tengamos que derribar un tabique.

El teniente Hilton se volvió hacia el médico forense, que permanecía junto a ellos.

—Dónde están sus cosas?

El doctor puso ante él una cartera de piel y un papelito que envolvía una pastilla de «Pen-barbital».

La cartera no contenía más que los documentos precisos para su identificación y algunos dólares. Pero aquélla, pastilla de «Pen-barbital» debía querer decir algo. Algo muy importante, que escapaba de momento a su percepción.

CAPÍTULO IV

Alfie Dawn consiguió localizar al fin al enigmático Aurobindo Basrula, cuyo nombre se hallaba apuntado en la agenda de Harold Blenz. Se trataba de un taxidermista, que tenía su negocio en Kem Street, los suburbios del sur de Reno. Y era posible que aquel individuo tuviese algo muy interesante que decir. De forma que no perdió el tiempo para acudir a su encuentro.

Se trataba de una pequeña tienda montada en planta baja de un edificio de cinco pisos, de paredes desconchadas.

Alfie frenó su coche frente a la puerta y atisbó por el cristal del escaparate, sucio de polvo, antes de entrar. En él se veía una lechuga y un zorro disecados, sobre sendas ramas de olivo.

Entró. Y al abrir la puerta, sonó la campanilla instalada sobre la misma.

El local estaba sucio. Tan sucio como el cristal del escaparate, dando una impresión de verdadero abandono. Las paredes se hallaban cubiertas por estanterías en su mayor parte. Unos pocos animales disecados y, tras el reducido y mugriento mostrador, una puerta, encima de la cual colgaba un anticuado reloj péndulo.

Basrula apareció por la puerta que se abría bajo reloj. Se trataba de un indio que llevaba sobre su escasa cabellera una especie de fez, que apenas tapaba su coronilla. Nariz aguileña, de baja estatura, sucio, con la piel del rostro reseca y un brillo noble en sus pupilas. Tenía la chaqueta llena de manchas y muy arrugada, lo mismo que sus pantalones, repleto además de remiendos.

Alfie le enseñó su licencia de detective, cosa que indio no pareció gustarle demasiado. Se endurecieron sus facciones y brilló la desconfianza en el fondo de sus ojos.

Desembuche, amigo —masculló groseramente—. ¿Qué quiere de mí?

—Usted ha efectuado algunos trabajos para Harold Blenz.

¿Cuáles fueron?

El harapiento disecador hizo un gesto ambiguo con su diestra.

—No recuerdo.

—Pues haga memoria. Un cliente como Blenz no olvida fácilmente.

—Bueno, yo tengo mala memoria. Quizá le disequé un visón. O fue una chinchilla.

—Ni una cosa ni otra —replicó el joven—. Es usted un embustero. Me gustaría saber hasta qué punto está usted dispuesto a colaborar conmigo. Será mejor que conteste claramente a mis preguntas. Le resultará menos duro que tener que hacerlo en la Comisaria ante el teniente Hilton.

—No tengo nada con la ley, amigo —respondió el indio—. Y no me gusta tener trato alguno con ella. Usted la representa en cierto modo y no me agrada la idea de colaborar.

Alfie apoyó ambas manos en el mostrador y adelantó agresivamente el busto hacia él, escrutando atentamente el rostro del indio.

Era un sujeto innoble, sin escrúpulos, pero sabía conservar su aplomo y eso lo hacía casi inaccesible.

—El día doce de mayo estuvo usted en el apartamento de Harold Blenz, citado por éste. Su nombre está escrito en la agenda de míster Blenz, que lo llamó para sostener una entrevista, según sus apuntes a las ocho de la mañana. Padden, el mayordomo, le abrió la puerta y lo condujo a presencia de Harold. El mismo me lo acaba de decir —mintió.

Basrula acusó el golpe. Un destello de temor apareció súbitamente en sus pupilas. Pero su vacilación duró sólo un instante, pasado el cual recobró su aplomo y pareció entregarse a una profunda reflexión. Algo que no pasó inadvertido para Alfie.

—¿Ha dicho el doce de mayo? —dijo al fin, como si acabase de hacer memoria.

—Exacto.

—Es cierto. Ahora lo recuerdo. El señor Blenz me mandó llamar a primeras horas de la mañana.

—¿No coincidió allí con míster Ericson?

—En absoluto. He realizado algunos trabajos para el Museo. Restauración de momias y algunos animales disecados, para

ambientar aquello. Míster Blenz quería consultarme algo al respecto. Nada más.

—Es usted un granuja embustero, Basrula —arguyó Alfie con aspereza—. No se ha ido de la lengua hasta creer que estaba cogido por el cuello. ¿No ha leído los periódicos? Padden no ha podido decirme nada, porque lo asesinaron ayer precisamente, antes de que pudiese hablar.

Al indio se le desorbitaron los ojos.

—Conocí a ese hombre —susurró—. Y no me explico qué podía saber para...

—Escuche, Basrula. Blenz no le hubiese hecho ir a su apartamento para tratar asuntos sin importancia. Habría empleado el teléfono para eso. El asunto que debía tratar con usted era más interesante, más personal. Eso tiene que aclararlo de una manera definitiva. Eso y por qué míster Blenz trató con usted algo que lo relacionaba con Jonathan Ericson y el «Rayston Club».

Otra vez volvió a inmutarse Basrula. Pero, como en la anterior ocasión, recobró su aplomo con sorprendente celeridad.

—Veo que sabe bastante de este asunto —dijo con cínica sonrisa—. Y voy a decirle algo. Una advertencia. No sacará nada en limpio sometiéndome a un interrogatorio con el teniente Hilton. Puedo negar hasta que estuve ese día en casa de Blenz. Su palabra contra la mía. No olvide que Padden, el único testigo, ha muerto y yo puedo aferrarme a la Quinta Enmienda de la Constitución.

Alfie intuyó adonde quería ir a parar el indio. Aquel zorro sabía mucho de todo aquello, pero tenía la misma sangre de negociante que los judíos.

—Al grano, Basrula —le animó—. ¿Qué busca con ese juego de palabras?

Por primera vez desde la llegada del detective, Basrula se permitió esbozar una sonrisa de satisfacción.

—Soy un buen disecador, detective —dijo—. Deme un mono, un loro o un perro muertos y yo se los prepararé de tal forma que parezcan estar vivos aún. Tengo buena mano para sacar sus entrañas, curtir el pellejo, montarlo con alambres, rellenarlo de serrín y volver a coserlo. Luego, unos ojos postizos y el animal queda mejor que cuando respiraba. Pero es un oficio que apenas me proporciona lo necesario para no morirme de hambre. Yo puedo

decirle algo. Algo muy interesante. Pero tengo por norma no ayudar a nadie ni gratis ni fiado.

El detective meditó las palabras del taxidermista.

Conocía a muchos hombres como aquél. Y había aprendido el modo de tratarlos, el único modo de obtener información de ellos. Lo que no conseguiría poniendo en práctica tormentos medievales, lo lograría mediante unos cuantos billetes.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Cinco de los grandes. Ni un centavo menos. No admito regateo.

—Eso depende del interés de la información.

—¿Qué intenta averiguar? —inquirió a su vez el indio—. ¿Algún cómplice de Lewis Allyson en la muerte de Blenz?

—No, Basrula. Pretendo descubrir la identidad del verdadero asesino de Blenz, para remediar la injusticia cometida con Lewis Allyson.

Basrula emitió una sarcástica risita.

—En ese caso, amigo mío —dijo—, mantengo la oferta. Juzgue usted mismo. Alguien estafó a Harold Blenz un millón de dólares. Yo puedo decirle quién lo hizo. Es un buen motivo para quitarlo de en medio. Con la muerte de Blenz esa cuenta queda saldada y en secreto. Y todo eso está relacionado con el «Rayston Club» y el «Blenz Museum». Los animales disecados que yo construí para ellos, sirven para algo más que un simple adorno de ambientación. Por cinco mil dólares y una oportunidad para mí puedo poner el secreto en sus manos. Quiero largarme lejos de aquí; quiero regresar a mi país. América me ha decepcionado.

—¿Qué clase de oportunidad alude para usted? —inquirió Alfie.

—Contar con el tiempo suficiente para largarme a México antes de que la policía empiece a actuar. No me será difícil embarcar desde el país vecino para la India. Voy a serle sincero. Yo no estoy limpio de culpa en este asunto. Pero quiero contar con su palabra que contaré con esa oportunidad.

—La tiene.

—De acuerdo. Quiero vengarme de esos tipos. Se han estado burlando de mí, de la importancia de mi obra. Y también quiero salvaguardar mi vida. Creo que sólo destruyendo a esos hombres puedo sentirme tranquilo. No puedo olvidar a Padden. Pero ya lo

sabe, detective, la «pasta» a un lado y la información a otra. Supongo que usted es un hombre íntegro, pero el negocio es el negocio. Tengo la costumbre de trabajar siempre al contado. De ese modo nadie me defrauda ni tengo que pensar mal de nadie. Voy a ser su confidente y usted sabe lo que es eso. Las confidencias se pagan en mano.

Alfie se irguió, conteniendo a duras penas su tentación de cogerlo por el cuello y oprimirsele con todas sus fuerzas.

Basrula no declararía nada por la fuerza. Se dejaría matar antes. Y tampoco sacaría nada en limpio de él el teniente Hilton con sus métodos expeditivos. Basrula lo negaría todo y cualquier abogado picapleitos desharía con facilidad toda acusación contra él. No soltaría prenda hasta haber recibido aquel dinero.

Por otro lado, aquello prometía ser interesante, acaso trascendental para la solución del enigma. Una estafa de un millón de dólares, que parecía enlazar con el Museo y el «Rayston Club». Y ambas parecían converger en los asesinatos de Harold y Morris Blenz.

—De acuerdo —concedió—. Pero no llevo esa cantidad encima.

—No importa. Vuelva mañana con ese dinero. No lo haga antes de las diez de la noche. Para esa hora tendré todas mis cosas preparadas. Saldré mañana mismo para México. Entonces estaré en condiciones de apuntarle el tiempo que debe concederme para abandonar la Unión.

—Conforme, Basrula. Y no trame ninguna jugarreta. Algunas veces, yo también me salto a la torera la barrera de la ley.

Alfie fue seguidamente a la casa de Gracie, donde guardó unas cuantas prendas en un maletín, que le llevó al apartamento.

La herida del brazo cicatrizada normalmente, le causaba pocas molestias y Gracie se encontraba muy animada.

El detective la puso al corriente de los últimos acontecimientos.

—Todo esto parece enredar más las cosas, ¿no, Alfie? —murmuró—. ¿Crees que el profesor Ericson puede estar complicado en el asunto? Parece ser que Peter Blenz tiene la obligación de reservar una parte de la fortuna heredada de Harold Blenz para gastos de conservación del Museo.

—Es difícil prever nada, Gracie —respondió—. Ericson puede estar complicado en el asunto de la estafa y, al mismo tiempo, ser

ajeno absoluto a las muertes de los Blenz. De todas formas, se impone el girar una visita a ese experto en Arqueología.

Acarició con las yemas de los dedos las mejillas de la mujer antes de encaminarse a la salida. Pero se volvió cuando estaba ya con la mano en el pomo de la puerta al sonar el timbre del teléfono.

—¿Hola?

—¿Alfie Dawn?

La voz, masculina, sonaba entrecortada, nerviosa.

—Soy Alfie Dawn. ¿Quién llama?

—Bertie Tample, detective. Quiero hablar con usted.

Alfie dejó escapar a chorro el aire contenido en sus pulmones.

—¡Diablo, Tample! —exclamó—. No sabe cuánto me alegra oírle. Había llegado a pensar en si encontraríamos su cuerpo acribillado en una cuneta cualquiera...

—Escuche —le atajó Tample—. He permanecido oculto, sin atreverme a volver a mi garaje. Ya sabe lo que ocurrió en él. He puesto a salvo a mi esposa y a mi hija. Ya sabe cómo es esa gente. Pero yo no he querido huir con ellas. No puedo olvidar a Moran, el muchacho que murió en el garaje a causa de la explosión. Creo que decirle ahora la verdad es una forma de vengarlo. Venga al «Indian Cinema». Dentro de media hora. Yo ocuparé una butaca de las últimas filas. Cerciórese antes de que nadie le sigue.

—Descuide, Tample.

Alfie dejó transcurrir con impaciencia la media hora impuesta por Tample para concertar la cita. Y, al fin, se dirigió allí, atisbando por el espejo retrovisor para cerciorarse de que no era seguido.

El «Indian Cinema» se hallaba en la calle Nuzzle, en uno de los peores barrios de los suburbios de Reno. Una especie de cuartel general del hampa de la ciudad, donde los muchachos parecían tener una especial predilección para destruir todas las luces del alumbrado público. Así, las calles aparecían sumidas en una somnolienta semipenumbra, porque escaseaban los comercios de categoría y las pequeñas tiendas apagaban todas sus luces al dar por terminada la jornada.

El Indian era un cine muy corriente, tirando a malo. Contaba únicamente con un extenso patio de butacas de tablerillo, separadas en dos secciones por una tupida malla. La parte delantera era más económica que el resto.

Alfie entró en la sala, centrando su atención en las últimas filas de butacas.

Vio a Tample sin dificultad, mirando de continuo a su alrededor con evidente nerviosismo. La sala estaba casi vacía de público y no serían estorbados por ningún curioso.

Tample lo miró de soslayo cuando el detective fue a sentarse junto a él. Luego se pasó repetidas veces la mano por entre su cuello y el de su camisa. Sudaba copiosamente y parecía asustado de veras.

—Domine su miedo, Tample —susurró—. Es una falsa sensación. No existe en realidad.

—Con miedo o sin él, moriré si esos hombres me descubren. Oiga, Alfie —agregó—. Usted despertó mi conciencia. Y luego, al ver cómo trataban de eliminarme esos cerdos...

—¿Quién le propuso el negocio, Tample? —le atajó el joven.

—Un sujeto llamado Elías Spring.

Alfie asintió con lentos movimientos. Conocía a Elías Spring. Era un asesino a sueldo, sospechoso de varios crímenes, que la policía no había podido probarle. Elías Spring era un sujeto muy escurridizo. Procedía de Detroit y había operado en aquella industriosa ciudad en el «racket» de los sindicatos laborales. Elías Spring llevaba un año en Reno y formaba parte de la dotación del «Rayston Club». Una pieza más para el rompecabezas.

¿Se presentó él solo?

—Sí. Yo debía cambiar una bujía del motor del «Ford» por otra cuyo tiempo de duración fuese escaso. Aquella noche debía entregarle una llave del garaje. Luego, cuando los dos jóvenes viniesen a por el coche como todos los días, debía abrir disimuladamente el pestillo del portaequipajes. No había opción. Quinientos dólares o unas onzas de plomo. Agregó que no adelantaría nada acudiendo a la policía a dar el soplo, excepto tener que comprar una parcela en el cementerio. Le juro, Alfie, que siempre he criticado a esos hombres que se les arruga el ombligo ante la eventualidad de tener que obedecer a unos hampones o declarar contra ellos. Pero bastó la presencia de un hampón para que tuviese miedo. Miedo, ¿comprende? Le juro que me asusté de veras.

—Bueno, todos lo tenemos. Olvide lo que le dije antes para

animarlo. El éxito consiste en saber disimularlo y guardarlo en un bolsillo. Ahora está portándose como un valiente.

—Me soliviantó el ánimo pensar en ese joven sentenciado a muerte o recluso a perpetuidad por un crimen del que es inocente al parecer. Y después, la muerte de mi ayudante Moran... No he dormido desde entonces.

—Ahora podrá hacerlo. No creo que nadie le haya descubierto. Hablaré con el teniente Hilton. Él le protegerá, hasta que Elías Spring esté a buen recaudo. No será difícil tirarle de la lengua, aunque tengamos que arrancársela para conseguirlo. ¿Dónde podemos encontrarlo a usted, Tample?

—En el 2130 de la Harier Street.

—Venga conmigo. Lo llevaré allí en el coche.

—Nada de eso —se apresuró a decir Tample—. Prefiero ir por mis propios medios. Todas las precauciones son pocas luego de lo que he visto.

Tample se encaminó a la salida poco después, seguido a una distancia prudencial por el detective.

Cuando alcanzó la calle, Tample caminaba lentamente por la acera.

Alfie se inmovilizó con la mano ya en la manecilla de la portezuela de su coche cuando un vehículo de negra carrocería cruzó a buena velocidad junto a su «Studebaker».

Se sobresaltó de pronto al fijar su mirada en el conductor y reconocer aquel rostro surcado de arrugas, de cruel expresión, cuya frente desaparecía a medias bajo las alas de su flexible. Porque aquel hombre era Elías Spring. El asesino sin escrúpulos contra el que Tample habría de declarar ante la policía. El hombre mediante el cual podían desenredar todo el ovillo.

—¡Cuidado, Tample! —gritó—. ¡Échese al suelo! ¡Elías Spring va en ese coche!

Tample se volvió al oírle. Y reaccionó con sorprendente celeridad. Corrió por la acera, hacia la zona próxima en cuyo borde se amontonaban grandes cubos repletos de basura. Se dejó caer tras ellos, cuando el coche pintado de negro reducía su velocidad y asomaba por su ventanilla el largo cañón de un ametrallador «Thompson» de calibre 45.

Alfie empuñó su pistola y disparó contra el coche. Era la única

forma de impedir que éste se detuviese y el hampón del ametrallador bajase para completar su obra.

Se elevó el electrizante tableteo del arma automática. Las balas golpearon las chapas de los cubos, batiéndolos con estruendo. Luego, un sonoro gemido de Bertie Tample. Cuando ya el vehículo aumentaba su velocidad, perseguido por los balazos del detective.

Sonaron gritos de alarma. Voces masculinas, excitadas, y otras de mujer, gritando con histerismo.

Alfie corrió al lugar donde se encontraba Tample y se arrodilló a su lado.

La parte inferior de sus piernas quedaban al descubierto y un par de plomos habían mordido carne en ellas.

El coche desapareció raudo por una esquina antes de que llegase el primer policía de uniforme.

El rostro de Tample tenía el mismo color blanco que un sudario, pero sonrió al detective con entereza.

—Parece que han vuelto a fallar, detective —susurró.

—Dicen que a la tercera va la vencida. No han podido con usted tampoco a la tercera. Y ya no tendrán ocasión de intentarlo de nuevo. El hospital es un sitio seguro para usted. La policía vigilará estrechamente, impidiendo un nuevo atentado. Elías Spring está perdido. Usted saldrá a la calle antes de dos semanas. Para ese tiempo, todos esos hombres se hallarán esperando la sentencia de los tribunales.

—Le creo, Alfie. Tengo plena confianza en usted.

El agente uniformado había pedido ya una ambulancia y Alfie se puso en contacto con el teniente Hilton, que debía acudir al hospital.

De forma que cuando Bertie Tample fue conducido a una habitación aislada, de ventanas enrejadas, situada en la planta superior del edificio sanitario, Hilton se hallaba allí y dos policías custodiaban la entrada.

El herido tendió su mano al detective, que la estrechó con calor.

—¡Gracias, Alfie! —murmuró—. A no ser por usted, por su providencial aviso, esos hombres me hubiesen acribillado. Pero también quiero decirle que no estoy arrepentido de haber colaborado con usted. Lo volvería a hacer, aunque no esperaría tanto tiempo como en esta ocasión.

—Entonces, Tample, somos nosotros quienes debemos darle a usted las gracias por haberse sabido encontrar a sí mismo.

Alfie, que había ido en la ambulancia junto al herido, fue conducido en el coche oficial de Hilton al «Indian Cinema», para retirar su «Studebaker».

El joven ocupó su puesto en el «baquet» y se dispuso a conectar el encendido.

Se paralizó súbitamente, alertado por una extraña premonición. Recordó al sargento Lyes, sin saber por qué.

Se bajó y levantó el capó, ante la mirada de extrañeza de Hilton.

Sonrió con sarcasmo. Lo habían seguido a pesar de sus precauciones. Sin duda, los hombres de la organización lo vigilaban estrechamente, seguían de cerca todos sus pasos. Porque la muerte estaba allí, conectada al encendido del motor. Una bomba de fabricación casera. De haber conectado el encendido y haber aceptado Tample a dejarse conducir a casa por él, ambos hubiesen acabado destrozados, como el sargento Lyes y el ayudante Moran. Los hampones habían aprovechado su estancia en el Indian para ponerla.

La desconectó, entregándola a Hilton.

—Si Al Capone levantara la cabeza... —pronunció con sarcasmo—. Estos elementos son muy aficionados a los fuegos de artificio. Desde ahora, Hilton, y en vista de lo ocurrido, tendremos que abstenernos de aceptar cigarros puros y otros objetos. De lo contrario, corremos el riesgo de que nos pongan en órbita. Bien, empiece la caza de Elías Spring. No creo que haya abandonado aún la ciudad.

CAPÍTULO V

Alfie Dawn se encaminó al «Blenz Museum» a primeras horas de la mañana siguiente.

Éste se hallaba en la Tritón Street, esquina a Emigrant Avenue. En realidad se trataba de dos viejas casonas que Blenz había reformado, uniéndolas de forma que los dos bloques, después de unas obras de regular envergadura, formaran un solo edificio.

La puerta a Emigrant Avenue había sido cerrada, instalando en esa fachada unos amplios ventanales, muy altos. La puerta del Museo se abría en Tritón Street y, en lo que fue segundo edificio, una puertecilla comunicaba aisladamente con la vivienda y estudio de Ericson, en la planta superior. En el frontispicio, un gran letrero: **BLENZ MUSEUM. ARQUEOLOGÍA Y ETNOGRAFÍA.**

Ambas puertas permanecían cerradas, por lo que Alfie se metió en un pequeño bar situado frente al Museo.

El dueño, un sujeto grueso, de rostro adiposo, le sirvió el café que había pedido.

—¿A qué hora abre sus puertas el Museo? —preguntó.

—Bueno, eso depende del profesor Ericson. ¿Lo conoce?

—En absoluto.

—Pues no le pese. Opino que es una barbaridad desenterrar a esas viejas momias para exhibirlas en público como si fuesen bayaderas. Un espectáculo macabro. Y el profesor Ericson es una especie de momia viviente. Unos días abre a las nueve de la mañana y otros no lo hace antes del mediodía. Algunas noches permanece horas y horas encerrado en su estudio, examinando esos papelotes que nadie entiende. Le digo que está chiflado.

Alfie no le prestó demasiada atención. Aquel hombre era un parlanchín incorregible. Conque bebió su café y se aproximó al amplio cristal que ocupaba casi toda la fachada del bar, junto a la puerta.

Se abrió de súbito la puerta de la vivienda de Ericson y emergió por ella un hombre joven, de sencillo aspecto, de facciones correctas. Tras él, un individuo cadavérico, clorótico.

El joven se volvió hacia el otro, que se inmovilizó en el vano, y durante varios minutos parecieron discutir algo acaloradamente. Al fin, el muchacho volvió la espalda con brusquedad, alejándose de allí con un último gesto de amenaza hacia su interlocutor.

—¡Ya está otra vez ahí McLean preguntando por su prometida! —comentó el dueño del bar—. Ese viejo chiflado se la va a ganar al fin.

Alfie retrocedió hacia el mostrador.

—¿Es ése el profesor Ericson?

—Sí. ¿Tenía yo razón o no al decir que parece una momia?

—¡Ha estado usted muy acertado! Sólo le faltan las vendas. ¿Tiene problemas con ese muchacho? Parecía muy enfadado.

—Tiene motivos para estarlo. Yo haría lo propio en su lugar. Y es que están ocurriendo cosas muy raras en esa especie de panteón gigantesco. Ese tipo, el momia viviente, ha debido hacer algo sucio con la prometida de McLean. No quiero decir que haya abusado de ella desde un punto de vista moral, porque ese viejo tendría que pedir ayuda en un caso así, pero sí que hay algo muy sucio. La chica ha desaparecido y él debe saber lo ocurrido.

—¿Una chica desaparecida?

—¡Exacto! Ella se llama Tina Cleff y estuvo sirviendo durante una temporada al viejo chiflado. Una buena muchacha. Octave McLean y ella formalizaron sus relaciones. Iban a casarse dentro de pocos meses. Y Tina desapareció de la noche a la mañana, sin despedirse de nadie. McLean y ella venían mucho a mi bar. Y hace tres meses, de pronto, la muchacha dejó de verse por el barrio. McLean ha preguntado al viejo momia por ella en repetidas ocasiones, pero éste se niega a darle una respuesta categórica. Dice que se despidió de repente y se marchó sin decir adónde iba.

—Ha podido ocurrir así realmente —objetó Alfie—. Quizá la chica se dio cuenta de que no amaba a McLean y decidió ausentarse en silencio.

El gordo denegó con un enérgico gesto de su cabeza.

—Tina estaba muy enamorada de McLean —insistió—. Hay cosas que no pueden disimularse. Ella pasaba de mi bar, cervezas y

otras cosas para el momia. Una vez me prestó doscientos dólares para salir de un apuro. El día antes de su desaparición le dije que se los iba a devolver. No tenía cambio y prometió venir por la mañana a cobrar su dinero. Ya no la he vuelto a ver más. ¿Cree que si pensaba largarse no iba a esperar unas horas para cobrar sus doscientos dólares?

—Creo que tiene razón, amigo —respondió el detective, intrigado por la explicación y la lógica aplastante del hombre—. Pero, en ese caso, ¿qué ha podido ocurrirle a la muchacha?

—No lo sé. Pero ahí enfrente —señaló al Museo—, ocurren cosas muy extrañas. Doremus, el secretario del momia, sale muchas veces a deshora llevando animales disecados, que vuelve a traer otra vez. Y siempre son los mismos. Me he fijado bien en eso. ¿Usted cree que es normal que una persona saque a un animal disecado a que tome el aire y haga sus necesidades?

Alfie no respondió esta vez. Su mente estaba trabajando a marchas forzadas, tratando de encontrar una relación entre lo que el hombre le contaba y la posible participación de Ericson en la formación de aquella siniestra cadena.

La puerta del Museo acababa de ser abierta por Ericson y el detective atravesó la calzada y entró.

La sala era amplia, de forma rectangular. Y al fondo, en el ángulo izquierdo frente a la puerta, una escalera de caracol ascendía a la vivienda de Ericson, suspendida sobre vigas, que ocupaba toda la pared lateral a una altura que sobrepasaba la mitad de la pared maestra del edificio.

El profesor se hallaba allí y Alfie se encaminó a su encuentro.

—Buenos días, profesor Ericson.

El experto lo examinó con la misma, intensidad que si se tratase de un objeto arqueológico.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Alfie Dawn. Detective privado.

El sabio le ofreció su diestra y le sonrió...

Peter Blenz me llamó ayer para decirme que le atendiese en todo, si usted aparecía por aquí. Tendré mucho gusto en complacerle.

—Gracias. De momento sólo tengo curiosidad por ver el Museo —y agregó—: ¿Qué me dice usted de Aurobindo Basrula?

—Es un sujeto ruin y miserable. Ha hecho algún trabajo para el Museo. Es el único taxidermista que tenemos en la ciudad y, desgraciadamente, no hay más remedio que admitir sus servicios. Pero me gustaría poder prescindir de él.

Alfie no insistió, dedicándose acto seguido a contemplar las maravillas contenidas en el Museo.

En una de las paredes, de setenta pies de largo, se alineaban varias figuras talladas en piedra o madera, representativas del Antiguo Egipto. En el centro, un obelisco de casi diez pies de altura. Procedía del Alto Egipto y, según rezaba la cartela, había sido erigido para conmemorar una expedición guerrera de Intef V, que imperó en el Alto Egipto durante la dominación de los Hiksés. A ambos lados, estatuas de Anubis y la reina Hatchap-sut, de la dieciocho dinastía. Y en los extremos, una de Ramsés II y otra de Seb-nefru-Re.

Diseminados en ambas paredes, varios papiros resguardados por cristales. Su fondo, color naranja marchita, salpicado de las manchas verdes, blancas, amarillas y rojas de los jeroglíficos, ambientaban la índole del Museo y ponían una nota de color en el gris lechoso de las paredes.

También había bajorrelieves de piedra caliza, con pasajes tomados del Libro de los Muertos.

A lo largo de la sala, separados por amplios pasillos que permitían su examen desde cualquier ángulo, un sarcófago de granito negro, de la vigesimoprimera dinastía, con inscripciones jeroglíficas en sus cuatro lados y su gran tapa semejando una momia. A confirmación una estatua de cedro, representando a un egipcio. Luego, una honda vitrina que contenía gran variedad de figuritas de alabastro, jarritas azules, canapés, lotiformes, frascos de obsidiana pulida y varios recipientes cilíndricos. Cerca de la mesa, en un rincón, un cofre achaparrado, con adornos de cerámica vidriada. Al final, un sillón de ceremonia, con ornamentos de flores y capullos de loto.

En una vitrina de cristal que ocupaba el frente de la sala, collares, amuletos de mayólica, pectorales, ceñidores de oro, pendientes de concha, brazaletes, erraos y cuentas romboides de feldespatos y cornaliza.

La otra pared, la estatua de Rha-ef-Ré, o Chefrén como se le

conoce vulgarmente, que hizo construir la Esfinge y la segunda pirámide de Gizeb, la más grande, a la que llamó Ur (la potente).

Entre la estatua de Chefrén y la escalerilla se alineaban varias cajas de momias, decoradas con ostentaciones de oro y otros brillantes colores. Momias cubiertas de vendas y otras sin ellas, mostrando la fragilidad de su envoltura carnal. Un simple golpe bastaría para fragmentarlas y reducirlas a polvo.

El resto lo componían varias fotos de color, ampliadas, de diversos monumentos de Egipto, entre las que destacaban la del gran templo de Amón, en Karnak, y de los colosos de Amen-hapet II, popularmente llamados los colosos de Mammón. Y sobre las momias, grabada en la pared, una reproducción de la rapsodia de Pentu-weret, que conmemora la victoria de Ramsés II sobre los hititas de Kadesh en Siria.

Alfie no prestó gran atención a las explicaciones del profesor. Le preocupaba más otra cosa que el origen de aquellos objetos de la Antigüedad.

Su mirada se centró en una de las momias. La primera de la derecha.

Su pelo, estropajoso, polvoriento y escaso le cubría los ojos, dejando entrever retazos de sus grandes pendientes. Parecían de oro a juzgar por el brillo y estaban muy limpios, inmaculadamente limpios. Brillaban las piedras sobre el metal y, en su parte inferior, un adorno de color rojo. Las vestiduras, pardas y reseacas, parecían acartonadas. Su piel, deshidratada, colgaba de los huesos, convirtiendo sus senos en dos bolsas repulsivas de cuero curtido.

—Es nuestra más reciente adquisición —dijo Ericson al comprobar su interés—. El señor Peter la trajo de Egipto en su último viaje. Poco antes del fallecimiento de su tío. Parece que pertenece a la decimoséptima dinastía, que vivió en el mil seiscientos años antes de Jesucristo, o sea hace unos tres mil quinientos años. De todas formas, son datos no comprobados científicamente aún.

—Muy curioso —comentó el detective—. Y es una lástima que estas momias no puedan hablar. Nos contarían cosas muy interesantes. No sé por qué, presiento que la narración de esta mujer iba a ser la más trascendental de todas. ¿No opina lo mismo, profesor?

Se volvió hacia Ericson al decir esto. En realidad se trataba de un simple comentario, carente en absoluto de una segunda intención. Sin embargo, el profesor había palidecido y su mirada, con expresión de ausencia, permanecía fija en la momia.

—¿Se siente mal, profesor? —preguntó Alfie.

—No. Es algo que me suele ocurrir con frecuencia. Quizá sea por exceso de trabajo. Necesito un descanso, aunque no sé si acertaría a estar lejos de todo esto.

Alfie no estaba tan seguro de que fuese ésa la razón por la que Ericson habíase turbado. Se inclinaba a creer, por intuición, que aquella momia, que le había mencionado de un modo inconsciente, podría relatarles cosas asombrosas si le fuese devuelta la facultad de hablar.

—Lo comprendo —dijo.

Continuó observando a la momia.

Encontraba algo raro en ella. Algo que no acertaba a explicarse y que era como una incongruencia.

—¿Cuánto viene a importar una de estas momias, profesor? —inquirió.

—Depende de su importancia histórica y su condición actual. Por ésta se ha pagado exactamente un millón de dólares.

Alfie se paralizó, abstrayéndose en sus pensamientos.

Parecía tomar cuerpo su sospecha de que aquel Museo cumplía en el fondo una misión muy distinta de la idea original de su fundador. Alguien debía estar empleándola con fines muy diferentes de los propugnados por Harold Blenz, de que sirviese como centro de cultura y exposición de obras de recuerdo del Antiguo Egipto.

Basrula estaba relacionado en cierto modo con el Museo. Y Basrula le había hablado de una estafa de un millón de dólares, que era exactamente el precio de aquella momia. ¿Una simple coincidencia o...?

—Bien —dijo al fin—, creo que mi visita ha terminado.

El profesor lo acompañó hasta la gran puerta de entrada.

—Oiga, profesor —inquirió de pronto—. ¿Dónde se encuentra Tina Cleff?

—Lo ignoro —respondió con voz débil—. El señor Harold pagaba su salario como sirvienta.

—La gente habla de una misteriosa desaparición.

Ericson limpió con un pañuelo el sudor que perlaba su frente.

—La gente es muy dada a las habladurías —rezongó—. Tina se marchó a la hora de despedirse, sin dar la menor explicación de por qué lo hacía. Se llevó todas sus ropas. Todas sus cosas. No sé adónde se dirigió.

—Vi a su prometido hablar con usted. Parecía muy enfadado.

—Ese muchacho es terriblemente impulsivo. Me amenaza seriamente si no le descubro el paradero de su prometida. Y, yo no puedo hacer nada.

—¿Para qué quería hablar con usted el señor Harold el día doce de mayo, que fue el mismo día que halló la muerte?

El profesor pareció estudiar la respuesta.

—No recuerdo exactamente. Soy terriblemente desmemoriado. Seguramente para tratar de asuntos relacionados con el Museo.

Parecía sincero, aunque Alfie estaba seguro de que no lo era. Más bien se inclinaba a suponer que, estando prevenido de que iba a recibir su visita por Peter, que le había ordenado ponerse a disposición suya, había tenido tiempo de prepararse para responder a las preguntas relacionadas con ese asunto. Pero lo de Tina le había sorprendido.

El detective se despidió seguidamente, atravesando la calzada hacia su «Studebaker».

Un coche de carrocería gris frenó con leve chirrido junto al Museo y el hombre sentado al lado del conductor se apeó.

Se dilataron las pupilas de Alfie al fijarse en él. Aquel hombre era Elías Spring. El hombre que había obligado a Temple a cambiar la bujía y abrir el pestillo del portaequipajes del «Ford», para facilitar la salida del asesino de Morris Blenz. El hombre a quién toda la policía de Reno trataba de localizar.

El hampón cruzó su mirada con la de Alfie antes de cerrar la portezuela. Y antes de que el detective pudiese reaccionar, volvió a ocupar su puesto, arrancando el coche a gran velocidad.

Alfie se apresuró a subir a su coche. Giró el volante, describiendo un semicírculo, y emprendió la persecución.

No advirtió la presencia del profesor Ericson, parado unos pasos más adentro de la entrada del Museo, observando con demoníaca expresión el discurrir de los acontecimientos.

El coche pintado de gris tomó la curva sobre dos, ruedas,

desviándose por la Lincoln Avenue.

Cuando el detective enfiló la Avenida, el otro vehículo torcía por la Mariner Street.

Alfie aceleró al máximo.

Se volcó materialmente sobre el volante, dominando el vehículo con mano maestra en la peligrosa curva. Y le extrañó el hecho de ver al otro coche en el centro de la calle, cuando, dada su velocidad, debía encontrarse ya al final de la misma. Esto indicaba que el coche había decrecido su velocidad y aceleraba de nueva ahora.

Alfie aflojó el pedal del acelerador y aplicó el freno. De pronto habíase percatado de que el asiento ocupado por Elías Spring estaba vacío. La distancia le permitía verlo y esto explicaba el hecho de que el coche hubiese decrecido su velocidad. Lo había hecho para que el hampón pudiera apearse sin riesgo y ocultarse en un portal o... ¿dónde?

Alfie descendió del coche y paseó su mirada por las fachadas, a su derecha.

Reparó de súbito en que la tapa del registro de las cloacas se hallaba ligeramente desplazada a un lado.

No vaciló lo más mínimo. Descorrió la pesada tapa, de hierro y se lanzó por los barrotes de la férrea escalerilla.

Un olor nauseabundo le asaltó. Las aguas, que corrían por el canal de cemento, dejaba amplias aceras en ambos lados y arrastraban gran cantidad de detritus, que esparcían el olor al ser agitados por la escasa corriente.

El detective recorrió varias calles del laberinto subterráneo, hasta que al fin tuvo que darse por vencido. Había perdido la pista. Elías Spring, en las cloacas o en la superficie, se le había escurrido de entre las manos.

CAPÍTULO VI

Alfie abandonó las cloacas por el mismo registro que había empleado para entrar en ellas.

Aspiró a pleno pulmón el aire de la calle. Después de varias profundas inhalaciones, aún le parecía percibir el penetrante olor nauseabundo de las cloacas.

Luego recorrió lentamente con el coche el camino de regreso al Museo. Fijándose en las aceras con singular atención. Pero no pudo descubrir ningún otro registro en las proximidades del Museo.

Volvió a entrar en el bar para hacer uso del teléfono.

El teniente Hilton estaba en su despacho y atendió la llamada.

—Escuche, Hilton. Hable con el encargado del personal de las cloacas. Usted puede hacerlo fácilmente sin que se nieguen a atenderle. Necesito cierto informe referente a esa fábrica de perfumes subterránea. Un plano de ellas o bien saber si algún registro de las mismas se abre muy cerca del «Blenz Museum». Cuando lo haya comprobado, llame a mi apartamento. Gracie tomará nota de su informe o se hará cargo del plano. ¿De acuerdo?

De acuerdo, Alfie. ¿Qué espera obtener en las cloacas?

—Unas cuantas ratas.

Cortó la comunicación y se encaminó al «Centre Bank», para retirar la cantidad que habría de pagar a Basrula por su información. Luego cenó en un restaurante y, dos horas después, regresó de nuevo al bar situado frente al Museo.

Tenía verdadero interés en comprobar qué clase de personas visitaban éste y había decidido permanecer vigilante, hasta la hora concertada con Basrula para la entrevista.

Los visitantes eran escasos los días de labor y Alfie empezó a aburrirse al ver que las pocas personas que entraban en el Museo no ofrecían el menor aspecto sospechoso. Aunque eso no descartaba nada, puesto que durante las horas que había permanecido ausente,

las visitas podían haber resultado interesantes.

De pronto vio abrirse la puerta de la vivienda de Ericson y aparecer por ella una figura familiar. La figura inconfundible de Aurobindo Basrula.

El indio llevaba ahora un traje relativamente nuevo, pero ese detalle no contribuía a favorecerle demasiado. El pequeño fez que tapaba su cabeza era el mismo y también era la misma la innoble expresión de sus facciones.

El taxidermista cerró la puerta tras sí y, antes de echar a andar, escupió con desprecio hacia el Museo. Poco después se perdió de vista al doblar por Emigrant Avenue.

Alfie se acarició el mentón, venciendo su tentación de acudir al encuentro del indio. Era indudable que aquel individuo jugaba con dos barajas. Su visita al profesor Ericson sólo podía significar una cosa: Basrula debía haberle pedido una cantidad superior a los cinco mil dólares a cambio de su silencio. Se vendía al mejor postor. Y el mejor postor era él, a juzgar por su gesto despectivo hacia el Museo.

Pasó el resto de la tarde allí, formando su hipótesis de todo aquello. Incluso estaba seguro de conocer la identidad del hombre que había estafado al millonario un millón de dólares. Sin embargo, había piezas que no encajaban bien en el rompecabezas y necesitaba de la confesión de Aurobindo Basrula para aclararlo.

El museo cerró sus puertas cerca de las diez y entonces se dirigió a buena velocidad a la tienda de Basrula.

Frenó mansamente al otro lado de la calle.

Había un coche aparcado junto a la casa. Mientras se apeaba vio a un hombre salir de la tienda y subir a aquel coche, que emprendió la marcha seguidamente. Un hombre de nariz aplastada, que le daba un aspecto de profesional del *ring*.

No pudo columbrar bien todos los detalles de su fisonomía, pero estaba dispuesto a jurar que se trataba del propio Taylor Bryce, el supuesto asesino de Morris Blenz.

Atravesó la calzada a buen paso.

La pequeña bombilla que pendía del techo en el centro de la tienda, cubierta por una espesa capa de polvo, estaba encendida.

Entró, haciendo emitir a la campanilla su argentado tintineo. Avanzó hasta el mostrador, mirando el brillo especial de los ojos de los animales disecados en los estantes al reflejar la luz de la lámpara

eléctrica.

—Basrula —llamó.

Pero no halló respuesta y se coló tras el mugriento mostrador, con un vago presentimiento. Empujó la puerta de la trastienda, que estaba semientornada.

Las luces de la trastienda se hallaban apagadas. Y una lechuza disecada con las alas extendidas, interpuesta en la luz de la tienda, proyectó frente a él su gigantesca silueta. También distinguió, en un ángulo, un zorro plateado con el rabo muy tieso.

Accionó el conmutador, junto al marco.

La trastienda era pequeña, apenas un cuartucho. En su centro, una mesa grande, sobre la que vio varias espátulas y tijeras de diversos tamaños, rollos de alambre, una serie de frascos y otros útiles propios de la profesión de disecador de animales. En un rincón, un saco de aserrín. Y en el suelo, junto a la mesa, con una tijera grande hundida en el pecho a la altura del corazón y los ojos espantosamente abiertos, el cadáver de Aurobindo Basrula.

Alfie se inclinó sobre él.

La sangre empezaba a coagularse entonces. Un gran charco, que empapaba las ropas del indio y se extendía por las baldosas del suelo. Una prueba de que el asesinato era reciente. Y entonces sí que estuvo seguro de que era Taylor Bryce el hombre que había visto salir de la tienda hacía unos minutos.

Registró las ropas del muerto, sin encontrar nada en ellas que sirviese para aclararle algo de lo que Basrula pensaba decirle. Ni un papel o una pista cualquiera.

Luego registró la trastienda, los estantes y un baúl que había en un rincón sin hallar otras cosas que objetos propios del oficio.

Finalmente abrió la boca del saco de aserrín. Lo único que le faltaba por mirar. Y allí sí que vio algo extraño. Un paquete, envuelto en papel de periódico. Un paquete que contenía una falda, un jersey, un par de medias de nylon, ropa interior femenina y un par de zapatos de tacón alto.

Se enarcaron las cejas del detective, mientras su cerebro trabajaba a marchas forzadas.

Acababa de dar con una de las principales piezas del rompecabezas. Ahora tenía un buen punto de partida. Una pista exacta, a la que sólo faltaban unos pequeños detalles para

apuntarla.

Abandonó la tienda, llevando el paquete que contenía la ropa femenina.

Luego disco el número de su apartamento desde la cabina de un teléfono público.

—¿Gracie?

—Dime, Alfie —respondió la voz de la mujer.

—¿Te ha dado Hilton un informe que le pedí?

—Sí. Al parecer existe un colector que desemboca en el mismo Museo. Ese colector recibe las aguas que se vierten entre Emigrant Avenue y la Tritón Street. Cuando se construyó, instalaron un registro en el espacio que quedaba entre dos casas. Luego, al comprarlas Harold Blenz y unir las para instalar el Museo, el registro quedó en su interior. Se modificó la boca, haciéndola cuadrada, y de esa forma la trampa, embaldosada a su vez como el suelo del Museo, queda perfectamente disimulada.

Otra vez se enarcaron las cejas del detective. Otra vez su cerebro trabajó a marchas forzadas.

—Comprendido, Gracie. Es un informe muy valioso. Escucha ahora. Tengo un trabajo importante que realizar. Mientras, localiza a Hilton como sea. Debe ir a Kem Street. Existe allí una tienda de taxidermista. En su interior encontrará el cadáver del dueño, asesinado. Al mismo tiempo, que se provea de una orden de detención contra Taylor Bryce. Luego, cuando haya retirado el cadáver, que me espere en la Comisaría. Iré a buscarlo allí.

Alfie fue rectamente a la Lincoln Avenue, aparcando junto al registro que Elías Spring, ahora estaba seguro de eso, había empleado para eludir su persecución.

Levantó la tapa, haciendo caso omiso de las miradas de extrañeza de los transeúntes. Seguro que algunos llegaban a imaginarse que se trataba de un borracho. Pero eso era algo que le tenía sin cuidado.

Otra vez le asaltó el olor nauseabundo. Mas esta vez hizo caso omiso también de la putrefacta atmósfera que respiraba. Calculó la distancia y echó a andar impertérrito por la acera de cemento.

Así alcanzó la entrada de otro colector, una bifurcación del laberinto.

Si sus cálculos no fallaban, aquél era el vertedero de las

inmundicias de los habitantes de Emigrant Avenue y Tritón Street.

Pasó sobre una gruesa tubería por cuya boca salían al canal principal las aguas sucias de aquel sector de la ciudad. Todo un panorama inspirador.

Al fin se encontró bajo la entrada del registro, cuadrada, que había pasado a formar parte del suelo del Museo.

Subió pausadamente la escalerilla de hierro. Luego presionó en la tapa, que cedió sin ninguna dificultad. A continuación atisbó con los ojos a ras del suelo, antes de retirarla del todo.

El Museo estaba sumido en una completa oscuridad. Y en el mayor silencio. La misma oscuridad y el mismo silencio que habían sido compañeros inseparables de aquellas momias durante siglos en sus escondidas tumbas.

Retiró la tapa y se encaramó con sigilo. Después volvió a colocarla en su sitio y se acercó al pie de la escalerilla de caracol.

Por los intersticios de la puerta escapaban rayos de luz, que debían provenir del estudio del profesor Ericson. Profesor de Arqueología y, al parecer, maestro también en el crimen.

Encendió su potente foco eléctrico de bolsillo.

Las estatuas y las momias tenían un aspecto irreal, macabro, en la penumbra que las envolvía.

Alfie se dirigió rectamente a su objetivo. Éste era, la momia de los pendientes de oro y piedras, con su extraña terminación en rojo.

Las cajas estaban en posición vertical, echadas hacia atrás sus, cabeceras, apoyadas de esa forma en la pared.

Apartó con mano que temblaba ligeramente los resecos cabellos de la momia, cuyo contacto le produjo un estremecimiento. Soltó ambos pendientes de sus orejas y los guardó en un bolsillo. Una vez hecho esto, emprendió la retirada.

De pronto percibió un chasquido. Arriba. En el estudio seguramente. Una puerta quizá.

Apagó el foco y se aproximó a la entrada del registro. Al hacerlo tropezó con el cofre, moviéndolo de su sitio con estrépito. Un golpe que resonó como un cañonazo en la oquedad de la sala.

Oyó una exclamación, ahogada. Seguidamente el ruido de una puerta al ser cerrada con brusquedad.

No le importaba verse descubierto por el profesor. Pero tampoco lo deseaba. Era mejor aclarar antes ciertos puntos. Y, una vez

comprobados éstos, sería llegada la ocasión de hablar con el profesor de un modo que no iba a resultar muy halagüeño para Ericson.

Conque desplazó el cofre otra vez a su sitio y corrió al extremo más cercano de la sala, ocultándose tras la estatua de Anubis.

La tapa del registro se levantó súbitamente y se produjo un nuevo fragor en el sepulcral silencio de la sala. Una figura humana emergió a continuación en ella.

El haz de luz de una linterna enfocó al recién llegado.

Desde su escondite, Alfie vio al profesor Ericson en lo alto de la escalera, alumbrando al individuo y empuñando un revólver en la otra mano.

El desconocido, un viejo de pelo canoso y luenga barba blanca, rió con fuerza.

—¡Vamos, Jonathan! —pronunció con sorna—. No irás a decirme que te has asustado.

Ericson bajó pausadamente la escalera. Una vez abajo, paseó el haz de su foco por todos los ámbitos de la sala, sin descubrir al detective.

—Pues sí que me he alarmado —respondió—. Has hecho demasiado ruido.

—Sabías que iba a venir.

—Cierto. Sabía que ibas a venir. Pero es un mal trabajo este de manipular siempre con la muerte y los secretos de los muertos. Uno acaba por creer en sus maleficios y a veces se sufren alucinaciones.

Mantenía inmóvil la saeta luminosa sobre el sarcófago mientras hablaba.

—¡Vas a reírte de mi otra vez! —pronunció con voz opaca—. Sin embargo, por unos momentos he pensado que había salido de ahí y se disponía a vengarse.

El otro volvió a reír con fuerza, como Ericson había previsto.

—Es difícil salir de ahí, Jonathan —replicó—. Es imposible, mejor dicho. Y eso es más fácil de creer y comprobar que los maleficios de los antiguos egipcios para los profanadores de sus tumbas. Vamos arriba. Hemos de salir dentro de poco. Daniel Rayston nos espera en el club. Tenemos que estudiar la situación a fondo. Ese detective, Alfie Dawn, está ahondando mucho en el asunto.

Se perdieron en lo alto de la escalera. A buen paso. Un detalle que llamó la atención del detective. Porque aquel anciano de venerable aspecto poseía el vigor y la agilidad de un hombre joven.

Después se cerraron dos puertas casi simultáneas y otra vez la oscuridad y el silencio imperaron en el Museo.

Alfie abandonó su escondite, pero no se encaminó al registro, sino al sarcófago.

El profesor, durante su visita al Museo, le había dicho que aquel sarcófago estaba vacío. Ahora le intrigaban las últimas palabras de Ericson. Porque si el sarcófago estaba vacío, ¿quién podía salir de él para vengarse?

Intentó levantar la tapa, sin conseguirlo. Debía pesar cerca de las mil libras.

Al fin, tras un ímprobo esfuerzo pudo descorrerla ligeramente a un lado.

Se paralizó al oír ruidos arriba. Ruido de pasos. Éstos se prolongaron durante unos momentos hasta que al fin, percibió el ruido de una puerta al ser cerrada. El profesor Ericson y el misterioso anciano que poseía el vigor y la agilidad de un joven acababan de abandonar el Museo.

Enfocó el fondo del sarcófago. No estaba vacío. Contenía un cuerpo en su interior. El cadáver de Elías Spring, con el cráneo horriblemente destrozado. El hampón había dejado de ser útil a la organización, que se había deshecho de él para evitar su captura por la policía. La forma más segura de impedir que se fuese de la lengua.

Junto al cadáver brillaba algo. Algo parecido a una moneda.

Introdujo el brazo por la abertura y logró aferrarlo entre sus dedos. Era una ficha del «Rayston Club».

Una ficha idéntica a la que el teniente había encontrado en el portaequipajes del «Ford» de Morris Blenz.

La guardó junto a la otra, empujando seguidamente la tapa hasta colocarla en su sitio y abandonó el Museo.

Pocos minutos después se hallaba frente al 214 de Tritón Street, al final de la calle. Era allí donde vivía McLean, según había podido averiguar por mediación del gordo propietario del bar situado frente al Museo. El joven ocupaba un apartamento de la segunda planta.

Le franqueó la entrada la madre del muchacho. Una mujer de edad madura, de humilde condición, pero de innegable distinción natural, no afectada.

McLean recibió al detective en un pequeño cuarto habilitado para taller de reparación de aparatos de radio y televisión. Era un buen muchacho, aunque algo brusco en sus ademanes.

—Conozco su caso, Octave —dijo Alfie, yendo derecho al grano—. Me refiero a su compromiso con Tina Cleff y la misteriosa desaparición de ésta. Estoy llevando a cabo ciertas averiguaciones cerca del Museo y me gustaría que usted respondiese a unas preguntas. Tengo la impresión de que su caso está íntimamente ligado al mío.

Depositó sobre la mesa de trabajo el paquete de ropas que había tomado del taller del taxidermista.

—¿Conoce estas prendas de mujer?

McLean tomó entre sus manos la falda y el jersey, como mostrándolos al detective.

—Son de Tina, no cabe duda. Y los zapatos también. Los conozco bien. ¿Dónde encontró esto? ¿Qué le ha ocurrido a Tina? Conteste.

Era evidente la ansiedad del joven, que abatió de pronto la cabeza como si le abrumase un gran peso.

—Ha tenido que ocurrirle algo irreparable —musitó—. Tina me quería. No he dudado nunca de ella. Formamos juntos muchos planes para el futuro. Mi madre y ella se entendían a la perfección, congeniaban. No se marchó sin despedirse, como pretende hacerme creer ese cadáver viviente de Ericson.

Alfie le enseñó también los pendientes que había quitado a la momia del Museo.

—¿Conoce también estos pendientes?

McLean los miró, emocionadamente.

—Claro que los conozco. Se los regalé a Tina el día de su cumpleaños, hace diez meses. Los llevaba siempre puestos desde entonces. No son buenos. Piedras corrientes y baño de oro. Pero a ella le gustaban mucho. No era su valor, sino su significado, ¿comprende?

—Comprendo, muchacho. Soy humano. Como lo somos todos los hombres, aunque algunos olviden esa condición para convertirse en

fieras sanguinarias.

—¿Dónde está ella? —repitió McLean.

—Tina ha muerto, muchacho —respondió, apoyándole una mano en el hombro—. Sé que siempre la recordará. El recuerdo es uno de los dones más sublimes de los humanos. Pero la herida cicatrizará. El tiempo es el mejor bálsamo contra el dolor. Conocerá a otras mujeres y una de ellas ocupará el puesto que Tina deja vacante con su muerte. Será feliz, aunque siempre tenga un recuerdo emocionado para la infeliz muchacha. Es ley de vida y hemos de atenernos a ella.

—¿Cómo... cómo ha muerto?

—Asesinada.

—¿El profesor Ericson?

—El profesor Ericson y otros más. Pero no se complique en este asunto, Octave. Es más peligroso de lo que pueda parecerle. Yo le juro que los asesinos de Tina pagarán caro su crimen.

CAPÍTULO VII

Alfie condujo su coche con lentitud por las calles de Reno.

Su mente evocaba a la muchacha asesinada para estafar un millón de dólares a Harold Blenz. La siniestra cadena forjada por aquel diabólico cerebro añadía nuevos eslabones trágicos.

Aparcó detrás del coche policíaco situado frente al «Rayston Club». Allí era posible que pudiesen efectuar una redada completa, acusando al propio tiempo al profesor Ericson del asesinato de Tina Cleff.

Alfie estaba seguro de conocer a fondo todo el asunto, excepto un detalle muy importante: la personalidad del verdadero organizador de aquella tenebrosa maraña. Porque tenía la certeza de que el profesor Ericson era un simple instrumento. Tan simple quizá como los hampones Bryce, el desgraciado Elías Spring y Daniel Rayston, que figuraba como dueño del club nocturno. Pero la conexión entre el Museo y el Club era completa y todo se llevaba a cabo bajo un mando único.

Hilton salió del coche policíaco al verle bajar a la acera. Seguidamente el detective lo puso en antecedentes de los últimos acontecimientos. Algo que dejó al: teniente Hilton mudo de estupor.

—Sí que se complican las cosas —masculló—. ¿Cómo diablos ha descubierto ese asunto de la muchacha convertida en momia?

—Ha sido fácil —respondió—. No cabe dudar que el profesor Ericson es un experto en Arqueología. Pero ha incurrido en un error, una de esas distracciones pueriles, tan propias de los sabios. No tuvo en cuenta un detalle, que me permitió hacerme con la solución del enigma.

—¡Ya! —barbotó el teniente—. Los detalles que le pasan por alto a un sabio, los caza al vuelo el detective Alfie Dawn.

—Exacto —sonrió el joven—. En el Antiguo Egipto se usaban pendientes. Se conocían el oro y las piedras preciosas y existían

excelentes artífices. Sin embargo, los plásticos no habían sido descubiertos aún. Y la parte roja de los pendientes de Tina Cleff, convertida en momia para estafar un millón de dólares a Harold Blenz, son ni más ni menos que un adorno de plástico.

—Muy sagaz —replicó Hilton—. Y eso parece culpar en cierto modo a míster Peter Blenz.

—Puede ocurrir que trajese la momia por ese precio y luego el profesor Ericson la vendiese a otro Museo para ganarse ese millón limpio. Es algo que hemos de averiguar. Porque es posible que Peter no haya visto aún esa momia de nuevo cuño. Sus visitas al Museo son escasas y, generalmente, las hace al estudio del profesor y no a la sala de exposición.

El «Rayston Club» era uno de los clubs nocturnos más frecuentados de Reno. Un letrero luminoso que sobresalía del frontispicio, sobre la puerta, anunciaba el título con luces de cambiantes colores. Un letrero grande, vertical, que alcanzaba las dos plantas del edificio.

Entraron, acompañados de dos policías de uniforme, ante las miradas desconfiadas de los empleados del club.

Taylor Bryce, el hombre de la nariz aplastada, se hallaba junto a la máquina de las escenas pornográficas. Estaba solo y no parecía divertirse demasiado. Quizá porque después de tanto mirar el desfile de fotos que la máquina ofrecía y a las muchachas que actuaban en la pista o vendían cigarrillos y flores entre las mesas, añoraba ahora una mujer vestida de pies a cabeza.

El hampón se apercibió de la llegada de los policías, pero no se inmutó lo más mínimo. No era la primera vez que la policía efectuaba un registro en el club. Pero él se consideraba tan seguro como debía estarlo el dueño del club de que las fuerzas de la ley no encontrarían nada de lo que buscaban.

—Hola, amigo —ironizó el teniente, mostrándole la orden judicial de detención—. Tiene que venir con nosotros.

El hampón no varió su actitud de indolencia.

—¿De qué se me acusa, teniente? —sonrió.

Alfie le enseñó la ficha con sus iniciales.

—Es suya, ¿no, Taylor? —dijo.

—Sí. Es un amuleto. Pero tengo otros.

—Éste ha sido un mal amuleto. Le ha traído mucha suerte, pero

toda de la mala. Se la dejó usted olvidada en el portaequipajes de un «Ford» y le acusa del asesinato de Morris Blenz.

—¿Nada más? —rió con sorna.

—Sí; hay algo más. También está acusado del asesinato del taxidermista Aurobindo Basrula. Usted lo mató con una tijera. Basrula no había muerto aun cuando llegué a su lado y le acusó a usted. De todas formas, lo vi salir de su tienda, apenas cometido el crimen. Mi testimonio lo conducirá a la cámara de gas, Taylor.

—No invente cuentos, amigo. La declaración verbal de un difunto no tiene validez. Y usted no pudo verme.

—Hay alguien más que le acusa y éste sí está vivo.

Su compañero Elías Spring.

—Imposible. Elías ha muerto —exclamó.

—¿Sí? ¿Cómo puede saberlo? Porque el cadáver de Elías Spring se encuentra en el interior de un sarcófago del «Blenz Museum», con el cráneo destrozado, y no ha sido aún puesto al descubierto por nadie.

Taylor se afectó visiblemente. Las palabras de Alfie, su serenidad, aquella seguridad con que pronunciaba sus frases le habían hecho que dar un patinazo. Y eso acarreó otro pensamiento. El del verdugo esperando su llegada a la cámara de gas, a la que iría por un corredor entre el director de la prisión, un sacerdote y un policía.

Taylor era un hombre de presa y como tal reaccionó. Propinó un súbito empujón a Hilton, enviándolo contra el detective y uno de los policías. Luego corrió hacia la salida, por entre las mesas repletas de público.

Alfie se lanzó tras él antes que el teniente acertase a salir de su estupor, seguido por uno de los policías.

Cuando alcanzaron la calle, Taylor corría hacia un automóvil aparcado frente a la entrada del club.

Alfie y su acompañante dispararon al unísono. Apuntando bajo, a fin de no causarle la muerte. Porque las declaraciones de Taylor suponían la plena confirmación de la inocencia de Lewis Allyson en el asesinato de Morris Blenz.

El hampón acusó los impactos en las piernas, cuando ya abría la portezuela del coche. Se arrodilló en el suelo, tratando de empuñar su pistola de la funda axilar.

Alfie corrió a su encuentro. Le arrebató el arma de la mano en veloz movimiento, golpeándole en el rostro. Eso acabó con la resistencia del hampón.

Después, vieron salir a los clientes del club, despedidos por el teniente Hilton. Entre ellos Peter Blenz, que se aproximó al detective al reconocerlo.

—¿Qué ocurre aquí, Alfie? —inquirió—. El teniente parece decidido a dismantelar el club en busca de algo.

Alfie le señaló al hampón.

—Este hombre es el asesino de su primo Morris...

—Me alegra por Lewis —replicó—. ¿Y a tío Harold?

—Es algo que falta por aclarar aún. Venga conmigo, ¿quiere?

—Por supuesto. ¿Qué espera encontrar en el club?

—¿Es usted cliente habitual del Rayston? —preguntó Alfie, mientras el policía esposaba a Taylor y lo obligaba a entrar en el coche patrullero para conducirlo al hospital.

—No. Parece que míster Rayston, el dueño, es amigo del profesor Ericson y éste me lo recomendó. No me gusta el ambiente de esos clubs y apenas los frecuento.

Entraron. La sala estaba vacía y el teniente había obligado a los empleados a que se alineasen en una pared y procedía a registrarlos uno a uno.

—No encontrará nada así, Hilton —dijo el joven—. Venga conmigo. Yo le enseñaré lo que desea ver.

Fueron a la oficina de míster Rayston. El dueño del club estaba lívido y se hallaba solo. Ericson y el viejo vigoroso habíanse marchado ya.

—¿Dónde están Ericson y el anciano que le acompañaba? —preguntó el detective.

—Se fueron hace rato. Son dos viejos amigos. Míster Mowatt viene a visitarme de vez en cuando.

—Para arreglar las cuentas, ¿no, Rayston?

Alfie se dirigió rectamente a uno de los varios animales disecados que adornaban el amplio despacho del dueño del club. Tomó un zorro plateado y abrió con cuidado la costura de su parte inferior. Luego entregó al teniente el paquete que contenía en su interior como relleno, en lugar del aserrín.

Éste lo examinó, mirando luego a Rayston con expresión

furibunda.

—Conque así es como pasaba la cocaína y los otros estupefacientes a su asqueroso club, ¿eh, Rayston? Pues esta vez se ha caído con todo el equipo.

Hilton ordenó encerrar a todos los empleados del club en los calabozos de la comisaría para someterlos a interrogatorio. Algunos de ellos estaban libres de culpa y era conveniente establecer la posición de cada uno antes de proceder judicialmente contra ellos.

Tendió su mano al joven.

—Esto toca a su fin, Alfie —dijo—. Lewis podrá salir libre en breve plazo y los federales se encargarán de estos buharrones complicados en el asunto de los estupefacientes.

—Falta algo, teniente —respondió—. Estamos frente a una organización y estos hombres son meros instrumentos de la misma. Pero es mucho más importante que todo lo que hemos conseguido, la captura del profesor Ericson. Por dos razones: Porque él conoce a fondo la organización, no sólo en Reno, sino también los miembros más lejanos que proporcionan las drogas, incluso desde el extranjero, y también porque es el único hombre que conoce la auténtica personalidad del jefe del «gang».

—¿El jefe? Yo opino que el jefe es el propio profesor Ericson.

—Se equivoca, Hilton.

—¡Diablos! —bramó Hilton—. ¿Quién puede ser entonces ese hombre?

—Lo ignoro. Lo único que sé de él es que se trata de un hombre de lengua barba blanca y pelo canoso. Representa setenta o más años de edad, pero tiene el vigor de un joven. Se hace llamar míster Mowatt, pero eso no quiere decir nada. Su verdadero nombre es otro. Estoy seguro de que míster Harold murió a manos de ese hombre.

—¿Un disfraz?

—Exacto.

Pero... ¿cómo pudo matar a Harold?

—Creo que podré decírselo muy pronto, Hilton.

Alfie abandonó la Comisaría, dejando al teniente con la palabra en la boca. Luego rodó a buena velocidad hasta su apartamento, ocupado por Gracie Allyson.

La mujer llevaba puesto un vaporoso salto de cama, que dejaba

entrever de un modo fidedigno todos los encantos que ocultaba.

Alfie se detuvo frente a ella, venciendo a duras penas sus deseos de estrecharla entre sus brazos. No debía de hacerlo. El caso estaba tocando a su fin y quizá ella lo repudiase otra vez, como hacía unos años, al no tener que agradecerle nada.

—¿Todo bien, Alfie?

—Falta algo. Algo que creo tener al alcance de la mano y, cuando voy a cogerlo, se aleja, desaparece de mi vista.

Resonó el zumbador de la puerta.

Alfie acudió a abrir. Se trataba de Peter Blenz. El hombre parecía excitado por algo, nervioso.

—¿Qué le ocurre, Petar? —inquirió.

—Lo he buscado por todas partes. Usted sabe que me alejé cuando los policías se llevaron a los hombres del club. Llamé allí y el teniente me dijo que ya se había ido. Conque he ido a buscarle al Emigrant Hotel, pensando encontrarle allí. Ya estaba perdiendo la esperanza de dar con usted.

—¿Para qué necesita dar conmigo, Peter?

—He recibido una llamada del profesor Ericson. Sé que está acusado de asesinato y que es el jefe de una organización criminal. Y sé algo más, que he callado hasta ahora, porque ignoraba sus otras actividades y siempre lo he considerado como a un amigo. Pensé que se había encontrado en apuros una vez y cometió por eso el fraude. Pero ahora sé que lo hizo por la misma ambición que le ha llevado al crimen. El profesor Ericson vendió a un Museo mexicano la momia que yo adquirí recientemente en Egipto por un millón de dólares, sustituyéndola por otra, que carece de valor.

—¿Qué quiere de usted el profesor? —preguntó Alfie.

—Dinero. Tres mil dólares. Debo entregárselos en el registro de las cloacas de la Lincoln Avenue. ¿Concibe usted mayor incongruencia? El ignora que yo lo sé todo y se ha disculpado diciendo que no se atreve a volver al museo porque la policía lo vigila por error. En fin, me ha contado alguna historia menos convincente que los cuentos de hadas.

—¿Qué le ha contestado?

—He accedido a ello. Para eso le busco a usted. Sé que está muy interesado en su captura. Sin embargo, no he querido decirle nada al teniente Hilton. Ese hombre es terrible.

—Vamos por él —dijo Alfie—. Y continúe olvidando al teniente Hilton.

Alfie llevó el coche sin demasiada prisa a la Lincoln Avenue, a través de un tráfico rodado que había decrecido sensiblemente a esa hora de la madrugada. Bajaron a la cloaca, empuñando sendas pistolas. Luego avanzaron despacio por la acera de cemento, en dirección al colector cuyo registro se hallaba en el Museo.

La luz de las lámparas que colgaban de las paredes de trecho en trecho llenaban el mundo subterráneo de insinuantes sombras, dejando a oscuras el interior de los grandes nichos rectangulares abiertos en las paredes, donde se hallaban las llaves para abrir y cerrar determinadas compuertas a fin de efectuar la limpieza de las cloacas.

Alfie abrió la marcha, seguido del nuevo millonario.

De pronto el detective, ojo avizor, oyó tras él un leve ruido, como un ludir, que no correspondía a los pasos de su acompañante.

Fue a volverse. Y en ese instante bramó un arma automática junto a él. Casi simultáneo, un horrible grito de agonía.

Miró el cuerpo del profesor Ericson, que se convulsionaba en el suelo de cemento en los últimos estertores de la agonía. Y junto a él, Peter Blenz con la humeante pistola en su mano.

—Salió de ese nicho —pronunció con voz temblona—. Lo vi por verdadera casualidad. Llevaba un arma y... Lo siento. El profesor, pese a todo, era un sabio competente.

—Es posible —respondió Alfie—. Pero hay otra clase de sabiduría muy superior a la que se obtiene de la Ciencia. La sabiduría de saber vivir dentro del estricto camino de la honradez.

Peter guardó su arma en un bolsillo.

—Bien —suspiró—. Todo concluido, ¿no, Alfie?

—No, Peter; no está todo concluido.

—Pero...

—Es lo que usted ha creído al liquidar a Ericson, pero no es así. Falta poner a buen recaudo al jefe de la organización. Al poseedor del cerebro más diabólico que pueda imaginarse, al forjador de una larga cadena de crímenes.

Había sorpresa en la expresión de Peter Blenz.

—¿Y quién es ese hombre? —inquirió.

—Usted, Peter. Y no se esfuerce en disimular. Todo su juego ha

quedado al descubierto. Lo comprendí hace escasamente unos momentos. Ericson era el único hombre que podía delatarlo, señalarlo con el dedo como jefe y creador de la organización. Tenía que librarse de él y, al mismo tiempo, evitar que las sospechas de la policía y mías recayesen sobre usted. Para eso, nada mejor que urdir un plan tan diabólico como todos los demás y liquidarlo ante las mismas narices de la ley. No le convenía que viniese el teniente Hilton. Se hubiese hecho acompañar de alguno de sus policías y para usted era mejor un hombre solo, un solo testigo. Por eso pensó en mí. No importa que todo el asunto relacionado con las drogas haya quedado al descubierto y todos sus hombres se hallen detenidos. Le queda la herencia de su tío y es una suerte, en las actuales circunstancias, poder disfrutar de esas riquezas con entera libertad. Muy listo, Peter. Yo lo sabía, pero debo confesar que me sorprendió usted. Sabía que el profesor Ericson, engañado por usted, estaría oculto en cualquier parte de las cloacas por dónde usted había de pasar. Para su tranquilidad, debió decirle que iba a tener ocasión de acabar conmigo esta misma noche con la mayor impunidad y después podría continuar libremente en Reno, sin prueba alguna que le acusase. Me sorprendió usted y no pude evitar el asesinato de Ericson. Ahora ya no puede hablar, ya no puede revelarnos su auténtica personalidad como Peter Blenz y míster Mowatt. Sin embargo, estoy seguro de que subiese preferido matarme a mí de haber sabido hasta qué punto he descubierto la verdad.

Peter rió con fuerza. Pero había una nota falsa en su tono, algo indicaba que su risa era forzada, porque habíase inmutado en lo más hondo de su ser.

—Está bromeando, ¿no, Alfie? —pronunció—. Parece olvidar que yo me hallaba en Egipto cuando tío Harold y Morris murieron. ¿Cómo pude cometer así los crímenes y por qué? Creo que es algo que refuta, su absurda teoría.

—En absoluto, Peter. Estoy en posición de la verdad. He hallado muchos cabos sueltos, los he seguido y varios de ellos me conducen al centro del ovillo, que es usted. Me hallaba en el Museo, oculto tras la estatua, de Anubis, cuando usted entró con su disfraz de anciano. Me he fijado bien en usted. Su estilo peculiar de subir y bajar esta clase de escaleras es inconfundible. Oí su conversación

con Ericson. Yo acababa de tropezar con el cofre cuando usted llegó. Eso fue lo que asustó al profesor. Seguidamente se presentó usted haciendo ruido y él creyó que ambos estruendos los había producido usted mismo. Se fueron al club para, tratar con Rayston asuntos relacionados con el negocio. Luego, en su propio coche, usted se quitó el disfraz, y estuvo en el club. Era un buen sistema para enterarse si sus subordinados estaban satisfechos de la organización, o no. Eso lo hacían también los Pachás de los cuentos orientales.

—Eso son palabras, Alfie.

—No he terminado aún. Sus palabras despertaron mi curiosidad y miré el sarcófago cuando subieron arriba. Vi el cadáver de Elías Spring. También conozco el método de que se valen para introducir los estupefacientes en el país y distribuirlos en Reno. Esto lo he puesto al descubierto estando usted presente. En el Museo se encuentran los otros animales que Basrula preparó para ustedes, que también deben contener drogas en su interior. Del Museo al «Rayston» y de éste al público.

Peter sonrió, pero era evidente su ansiedad. Como la del jugador que descubre de pronto que el juego del contrario es superior al suyo, cuando ha creído tener la partida en sus manos.

—Cuando Harold y Morris murieron —siguió diciendo Alfie— usted se encontraba en Egipto. Sé que puede probar eso, incluso con el testimonio del propio Embajador de los Estados Unidos en la R.A.U. Pero yo sé cómo mató a tío Harold y también por qué lo hizo. No sirve la disculpa de que el profesor Ericson había vendido la momia original a otro museo mexicano. Eso puede comprobarse fácilmente. Y su comprobación revelará que esa momia jamás salió de Egipto ni estuvo en los Estados Unidos. Alguien, en el país o fuera de él, le hizo ver que el tráfico de estupefacientes es un negocio repugnante, pero muy lucrativo. Entonces se le ocurrió la idea de crear una gran organización dedicada a ese tráfico ilegal. Se puso en contacto con verdaderos internacionales y utilizó los embalajes de piezas arqueológicas, para entrarles en los Estados Unidos. Se prestan bien para ello por su amplitud y, además, en las aduanas no se molestan en descubrirlos. Luego montó la organización intestina para su distribución con un máximo de ganancia. Un club y hombres duros y experimentados en hacer

prosperar el vicio entre la juventud y eliminar cuántos obstáculos se interpusieran en su camino.

Hizo una pausa, prosiguiendo:

—La idea era estupenda, pero necesitaba un millón de dólares cuando menos para empezar a ponerla en práctica. Había que desembolsar el valor de la primera mercancía y montar el club, antes de obtener los primeros ingresos. Sabía que Harold se negaría a prestarle esa cantidad. Pero también sabía que su tío era un apasionado de la Ciencia Arqueológica y se sirvió de eso para sacarle un millón de dólares a cambio de la promesa de obtener una momia que databa de la época de Ntefer-ke-heru, que reinó en Tebas durante la dominación de los Hiksos en el delta. Tío Harold soltó el dinero y usted montó el negocio. No le costó mucho convencer a Ericson para que interviniese en el negocio. Su posición en el Museo lo hacía imprescindible y él anhelaba más el dinero que la Ciencia. Pero un día Tina Cleff descubrió su juego y trató de contárselo a tío Harold. Seguramente cometió la imprudencia de amonestarles primero. Eso le costó la vida. Entonces concibió la idea de solucionar de un solo golpe los dos problemas que aquello le planteaba. Hacer desaparecer a la muchacha y proporcionar su momia a tío Harold. Aurobindo Basrula, que les había proporcionado ya los animales disecados de un modo especial para la conducción de los estupefacientes, les ayudó. Algo horrible, Peter. Escalofriante pensar en ese siniestro individuo manipulando con sus horribles herramientas en el cuerpo desnudo y yerto de esa pobre muchacha. Una escena vil, odiosa, tétrica... Luego, Harold Blenz acabó enterándose de la estafa. Era un experto y descubrió fácilmente la superchería. Usted le dio, largas, haciéndole creer que había sido engañado a su vez, puesto que su tío no sospechó la verdad que encerraba aquella momia. Mientras, planeó el asesinato de su tío. La forma de matar tres pájaros de un solo tiro. Conocía las cláusulas del testamento de su tío y sabía que eliminándolo se llevaría todo cuanto iba a pertenecer a Morris y Lewis Allyson, puesto que los dos iban a ser tan víctimas suyas como el tío. Sin embargo debía obrar con rapidez, porque Harold había amenazado con desheredarlo.

Guardó silencio durante un corto espacio de tiempo, para continuar seguidamente:

—Fue un plan diabólico, que iba a ponerle en posesión de toda la fortuna. Dos crímenes en un solo día, con una coartada perfecta. Usted conocía al detalle las costumbres de su tío respecto a Lewis Allyson y la tableta diaria de «Pen-barbital». Así, quitó la quinta pastilla del tubo, de forma que coincidiese con la ausencia de Padden en su día libre, y la sustituyó por otra que contenía arsénico. Así, el día que había de ingerir el veneno, usted estaría lejos de Reno y de los Estados Unidos. Luego, dio órdenes a sus hombres para que ese mismo día fuese asesinado Morris de acuerdo con sus instrucciones y de forma que la culpa recayese también sobre Lewis, puesto que también conocía la costumbre de ambos muchachos de acudir todas las tardes a Pyramid Lake. Todo salió entonces a medida de sus deseos. Su tío citó el mismo día de su muerte a Ericson, Basrula y a Rayston. Había hecho sus investigaciones, sabía casi toda la verdad, y puede imaginar que la entrevista entre los tres hombres debió ser borrascosa. Padden debió verle enredar a usted en el tubo de «Pen-barbital» y, escuchar la conversación entre los cuatro hombres, se enteró de todo. Más tarde, al morir Harold, él debió ver en el bolsillo de su chaqueta la tableta de «Pen-barbital» que usted había sustituido y eso le puso en antecedentes de todo el asunto. Sin ninguna excepción. Pero el sargento Lyes, comprado de antemano, desde el comienzo de la organización, pasó por alto todos los detalles, puesto que su trabajo consistía precisamente en subrayar la culpabilidad de Lewis Allyson. Supongo que Padden, guiado por la ambición, debió demostrarle de un modo u otro que estaba al corriente de su secreto, para conservar su puesto en la casa con un buen salario. Así fue como usted lo planeó todo y por qué lo planeó. Pero luego, de pronto, las cosas empezaron a torcerse, a complicarse para usted. Había estudiado minuciosamente la forma de cometer ambos asesinatos, pero no la de guardarse las espaldas después. Confiaba en el trabajo del sargento Lyes y en que a nadie se le ocurriría revisar el caso una vez dictada la sentencia contra Lewis Allyson por el tribunal. Existían muchos fallos, susceptibles de dejarlo todo al descubierto, en el caso de llevarse a cabo una revisión a fondo. Pero usted no se dio cuenta hasta que ya era demasiado tarde. Lo perdió la soberbia de considerarse un hombre superior a los demás dentro del mundo de la delincuencia. Sólo la fe, la rectitud y la

bondad de espíritu pueden vencer a la soberbia. Así, la fe de Gracie Allyson en la inocencia de su hermano fue el primer golpe para derribarlo del pedestal que usted mismo se había erigido. Cuando el sargento Lyes se puso en contacto con «míster Mowatt» desde la Comisaría para comunicarle nuestros proyectos y sus temores respecto a los resultados, no se le ocurrió otra cosa que ordenar a sus hombres precipitadamente que nos eliminasen a Gracie y a mí del mundo de los vivos. Aquello falló y entonces se lanzó a una carrera de crímenes para borrar todos los puntos susceptibles de ser vulnerados. Primero, los testigos comprados para condenar a Lewis. Después, Lyes, por temor a que pudiese hablar si era asediado. Luego, Elías Spring, que ya había dejado de serle útil, una vez puesto fuera de la ley. Y ahora Jonathan Ericson que era el único miembro de la organización que conocía su verdadera personalidad. Los demás solo le conocían bajo ese disfraz de míster Mowatt, un anciano venerable. Así es como usted mismo ha destrozado su propia obra. La clave me la dio Padden, el mayordomo. En el fondo era un hombre honrado. Cuando hablé con él, el miedo se infiltró en su alma. Miedo a sufrir un castigo por encubrir a un asesino, miedo a los gritos de su conciencia por no librar a un inocente de la triste suerte a que lo condenaba un diabólico cerebro, miedo, en fin, a que ese asesino acabara volviéndose contra él. Usted comprendió que Padden no era por eso de fiar, que revelaría fácilmente su secreto a poco que se le forzase a ello. Y añadió un eslabón más a su larga cadena sangrienta. Mientras yo hablaba con Padden, usted dio instrucciones a sus hombres. En respuesta a ellas dos hombres llevaron a cabo el simulacro de apoderarse de Gracie Allyson. Sabía que ella habría de llamar indefectiblemente allí para pedir mi ayuda, cosa que yo mismo le había revelado. Era lógica esa reacción en una mujer asustada y bajo mi protección. También lo era el que yo saliese precipitadamente al encuentro de la mujer, dejándole libres las manos respecto a Padden. Y se ofreció a acompañarme, para crear otra coartada perfecta. Porque mientras corríamos al encuentro de Gracie, otros hombres fueron a por Padden, con la orden de liquidarlo. Mientras, Padden, dispuesto a confesar la verdad, sacó del armario la chaqueta suya, en uno de cuyos bolsillos guardaba aún la tableta de «Pen-barbital» sustituida por la de arsénico. El encontrar esa tableta en los bolsillos del cadáver de

Padden ha sido una revelación, aunque lo he comprendido un poco tarde. Es una especie de venganza del asesinado. Eso que se ha dado en llamar la voz de ultratumba.

Peter, que lo había escuchado en silencio, estalló de pronto en una fuerte carcajada.

—Es inteligente, sabueso. Los hechos, con alguna ligera variante, han ocurrido de acuerdo con su hipótesis. Pero hay algo más, algo en lo que usted no parece haber reparado. Acaba de decir que Ericson es el único hombre que conocía mi doble personalidad. Voy a decirle más. También la conocía Elías Spring, como jefe de los hombres de choque. El propio Spring se encargó de reclutar a la gente que había de actuar bajo sus órdenes. Pero Elías Spring está muerto también. Y muertos los dos, toda su teoría se desvanece ante la falta absoluta de pruebas.

—Se equivoca, Peter —respondió con rapidez—. El teniente Hilton sabrá encontrar esas pruebas.

—¿Cómo?

—En cualquier lugar del «Rayston Club» deben existir unos libros de contabilidad. Contabilidad secreta. Y un documento, también secreto, que acredita que Peter Blenz es el legítimo dueño del club, pese al documento de propiedad en favor de Daniel Rayston. No puede confiar en la categoría de un hombre como Rayston. Se hubiese quedado con todo de otro modo. En su apartamento aparecerá otra copia del documento. Hilton lo hallará, aunque tenga que desmontar ladrillo por ladrillo, hasta derribar el edificio. Eso y el descubrimiento de los estupefacientes en el Museo dentro de los animales disecados, como en el Rayston, será suficiente para perderlo. Los federales se alegrarán de saber todas esas cosas. Ellos le harán confesar sus otros crímenes.

Se ensombreció el rostro del criminal. Ahora podía comprobar la verdad, la implacable verdad. Todo cuanto había dicho Alfie era cierto y serviría para perderlo. Así, su única solución consistía ahora en poder eliminar al detective y huir, lejos de los Estados Unidos con todo el dinero que pudiese reunir, antes de que la policía descubriese su cadáver y empezase también a atar cabos.

Se abalanzó de pronto sobre Alfie, prorrumpiendo en un salvaje alarido.

El detective, sorprendido por la súbita reacción de su adversario,

cayó de espaldas al suelo de cemento por la violencia del impacto. El golpe lo conmocionó y ya no pudo reaccionar a tiempo para impedir que el asesino empuñase su arma.

—Buen viaje a la eternidad, Alfie Dawn —masculló.

Bramó el arma de fuego. Un ensordecedor estampido, que fue devuelto en ecos por las paredes y los corredores del mundo subterráneo.

Alfie miró a su antagonista, que había soltado su pistola con un gemido de dolor, oprimiéndose su muñeca diestra. Y comprendió lo sucedido al oír ruido de pasos a su espalda y la risa seca, mordaz del teniente Hilton.

Se levantó cuando el teniente, acompañado de cuatro policías, llegaba junto a ellos.

—Ha sido usted muy oportuno, teniente —dijo.

—¿Qué se cree, Alfie? ¿Qué sólo usted sabe llegar a tiempo a todos los sitios? Desconocía en absoluto la identidad de la persona en quien usted sospechaba que era el jefe de esa organización. Gracie me llamó a Comisaría para decirme lo que estaba sucediendo. Conque entramos por el registro del Museo, después de secuestrar todos los animalitos disecados que guardaban ahí adentro, repletos de drogas. Lo he oído todo. Nuestra declaración es suficiente para condenarle. Y es una lástima que a un hombre no se le pueda ejecutar cuatro veces. Porque es lo que merece este asesino. Y voy a decirle otra cosa más, Alfie. Debí esperar a que este individuo disparase contra usted antes de intervenir. Me hubiese ahorrado muchos problemas en el futuro. Pero Gracie me recomendó que tuviese cuidado de usted, porque temía que pudiera verse envuelto en un peligro, y me ha parecido mal no escuchar las súplicas de una dama tan bonita como ella.

—Vamos, Hilton. El hombre debe ser más modesto.

El teniente se volvió hacia Peter.

—Usted ofreció a este coyote veinte mil dólares a cambio de olvidarlo todo y a mi diez mil, ¿no?

Peter asintió con un leve gesto, de un modo puramente mecánico. Y entonces el teniente le propinó un puñetazo en el mentón, lanzándolo hasta el centro del canal, cuyos detritus le cubrieron casi por entero.

—Esto para que aprenda a calibrar el valor de cada persona.

—Vamos, Hilton —ironizó el detective—. Recuerde que estamos en una ciudad civilizada y no en la selva virgen.

FINAL

Alfie Dawn y el teniente Hilton estuvieron junto a Lewis Allyson mientras el director de la prisión le hacía entrega de sus cosas y se le franqueaban las puertas.

Lewis Allyson, libre de culpa, era ya un ciudadano libre. La celda que él había abandonado, la celda de la muerte, sería ocupada poco más tarde por Peter Blenz y Taylor Bryce, que pagarían sus crímenes en la cámara de gas.

Antes, Alfie y el teniente Hilton formaron junto a Octave McLean, entre los dolientes que acompañaron a tierra santa, para recibir sepultura, el cuerpo de aquella infeliz muchacha que se llamó Tina Cleff. En su nuevo puesto no iba a verse tan admirada como en el anterior del Museo, pero tendría la sublime satisfacción de ver, allá donde se encontrase, cómo alguien que la había amado de verdad depositaba flores sobre su tumba periódicamente.

La emoción presidió el encuentro de los dos hermanos al otro lado de las rejas. Después, Lewis estrechó la diestra de los dos hombres con reverencia, con admiración y agradecimiento sin límites.

—Gracias por todo —pronunció con voz estrangulada—. No existen palabras para poder expresar lo que yo siento en este instante.

—Esto ha sido como un milagro, Lewis —respondió el detective—. Y es la fe la que hace los milagros. La fe de tu hermana, una fe inquebrantable, sublime, ha hecho posible este milagro.

Fueron los cuatro a la casa de los Allyson, en River Forest. Y el teniente se despidió sin aceptar la invitación de entrar y beber algo junto a ellos.

—Otro día, Gracie —dijo—. Se lo prometo. Tengo ahora muchas obligaciones, que no admiten demora. Y usted —se volvió hacia el detective—, recuerde que nuestro pacto ha terminado. No se salga

de la raya o le prometo que irá a dar con sus huesos en la cárcel.

—De acuerdo, viejo cascarrabias. Pero creo que primero tendrá que asistir a una ceremonia que pienso organizar.

Hilton sonrió maliciosamente al tiempo que oprimía el pedal del acelerador.

Gracie se colgó del brazo del detective. Su mirada era radiante. Y su sonrisa encerraba toda una promesa, que Alfie pudo leer como en un libro abierto.

—El trabajo ha terminado, Alfie —susurró—. Puedes presentarme la factura de tus honorarios.

Alfie sacó una nota del bolsillo con el membrete de la Agencia y la entregó a la joven. Y ésta desorbitó los ojos al ver la cifra apuntada al final de la misma. ¡Un millón de dólares!

—¿Es una broma, Alfie?

—En absoluto —respondió—. Creo que una vida humana vale infinitamente más que eso. Claro que hay otra forma de pagarla.

—¿Cómo?

—Aceptando esto y dejándome organizar la ceremonia que prometí a Hilton.

La joven miró con encontrados sentimientos los objetos que Alfie le presentaba. Una licencia de matrimonio y un anillo de prometida.

Gracie rompió la primera factura. Dejó la licencia sobre la mesa y se puso el anillo. Luego se abrazó al joven, ofreciéndole los labios.

—Me quedo con esta forma de pago, Alfie. Pero confío en que será la última clienta a quién se lo propongas.

El detective suspiró hondo.

—ES como si hubiese conseguido la libertad de Lewis a cambio de condenarme yo a prisión perpetua.

No pudo continuar. Los labios de Gracie, oprimiéndose contra los suyos, se lo impidieron.

FIN



EL FILM

**LA PELICULA
ES UNA CINTA
DE SUEÑOS**

Pero estos sueños se fabrican en unos complicados laboratorios cuyos secretos muy poca gente conoce.

Leyendo este libro comprenderá lo que cuesta y lo que significa hacer una película, penetrando, al mismo tiempo, en los secretos de esta gran industria que produce obras de arte.

MARABU ZAS

LA GRAFOLOGIA

A. M. Cobbaert

Mil posibilidades en esta frase tan sencilla: saber cómo somos en realidad, cómo son las personas que nos rodean, para qué servimos, y hasta cierto punto, a dónde vamos...

Jefes de empresa, médicos, educadores, técnicos en orientación profesional, investigadores, todos se valen de la grafología como de una ciencia exacta.

¿Por qué no utilizarla nosotros para nuestro provecho y diversión? ¿Ha pensado en ello?



MARABU ZAS

**PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

4.000 años de piratería



¡Fascinantes historias de los piratas! Morgan, "el terrible"; Avery, "el afortunado"...

Bandera negra, libertad y sangrientos abordajes.

Pero detrás de la leyenda, con su perfume de brisas tropicales, hubo algo más: unas causas políticas, unos códigos, unas consecuencias históricas.

En estas páginas, junto a las aventuras apasionantes, encontrará usted todo lo que de la piratería generalmente se silencia.

MARABU ZAS

**PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO**





EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONÀ (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

un **VETERANO** SABOR!...



OSBORNE Fundada en 1772

